

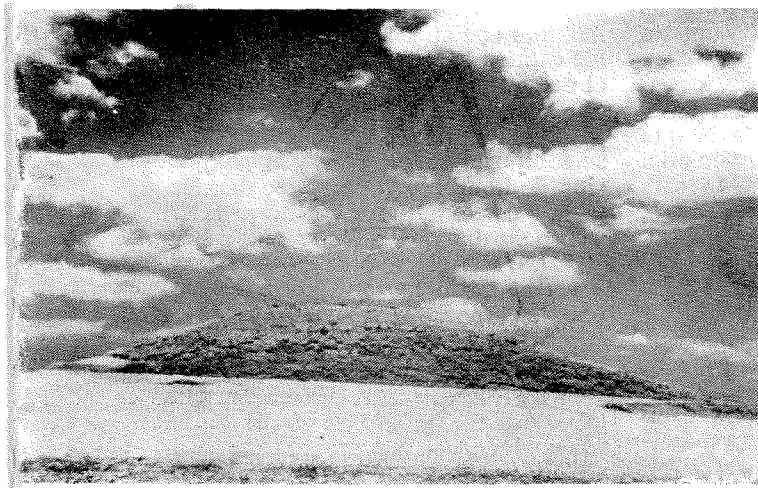
HOMBRES, LUGARES Y COSAS DE LA MANCHA

Apuntes para un estudio médico-topográfico de la Comarca

P O R

RAFAEL MAZUECOS

FASCICULO XI



El Cerro Gordo

FESTIGO mudo de antiquísimos niveles que la erosión ha reducido, en el curso de las edades, a este insignificante terrón.

El tiempo le hará desaparecer totalmente, señalando el comienzo de etapas nuevas en la evolución de nuestro suelo y los pobladores darán por no existida esta imponente mole, que amedrentó durante siglos el campo raso de Los Anchos.

Prendamos en el ánimo de las generaciones futuras el recuerdo de lo que la vida alcazareña tuvo de equilibrada y grata, rindiendo este testimonio de devoción a lo que forzosamente ha de desaparecer.



N Arrotado por el aire

Ningún dato de esta obra es rigurosamente un dato estadístico, una cifra que sirva para conocer por lo menudo tal o cual detalle del bullir alcazareño, los carros que hubo o las bicicletas que hay, aunque se tenga la idea de la precisión y se hagan los mayores esfuerzos para lograrla, pero es que el espíritu huye instintivamente de la obra muerta, arrastrado por el vendaval de la vida palpitante, jocunda y varia de nuestras gentes, plena de sencillez y naturalidad, en la que va envuelto, siendo una parte de ella. Tal vez por eso se ha producido esta identificación entre lo uno y lo otro, entre el comentario y lo comentado. No hay diferencia ni separación, todo es uno y lo mismo y nos satisface ver reflejadas nuestras maneras, como nos satisface ver el retrato propio, por muy feo que se sea.

Por mi parte me basta dejar de correr la pluma al hilo del recuerdo para trazar la imagen del pasado vivir, según la impresión que conservo, para mí actual, activa y viviente, sin señales de caducar.

No pueden asomar aquí, en ningún caso, los rasgos elegíacos, las descripciones funerarias que inspira lo estático y yerto, porque no es ese mi sentir, ni como lo veo.

Aún admitida la desaparición de personas y cosas, al hablar de ellas las veo en plena función de su vida e influyéndose recíprocamente, hasta el punto de imponerse como ineludibles algunas consecuencias, insospechadas, pero inevitables, en sus condiciones previas.

Este undécimo cuaderno, parece un poco más cargado de materia iner-

te, de escombros, sobre todo, pero la verdad es que esos escombros no están aquí simplemente arrojados para terraplenar; están apilados y manejados por los hombres para servirse de ellos en su necesidad, tienen vida y utilidad, lo mismo que los caminos, atajos y calles, que el hombre fué señalando con su planta. Esta vida de los caminos y calles les viene desde el origen y ha ido dejando su huella en cada rincón, según las vicisitudes por que han pasado las personas que se cobijaron en ellos, y esa conjunción de hombres y calles se ha impuesto desde la primera línea, fuera de toda ordenanza y nomenclatura arbitraria, con el gran relieve y rasgos destacados de las creaciones ancestrales, elaboradas con el sufrir y el gozar de cuantos nacieron, vivieron y murieron sobre el mismo suelo.

Al pasar por estas calles, tan pataleadas ayer, ¿cómo no oír ni ver a sus vecinos, con sus modos, sus decires, sus fachas y maneras? ¿Cómo no asociar a cada quisque con el chozo que se hizo y con el carril a que lo echó? ¿Y cómo, hallándose en el ajo, no darse por enterado de los corros y grescas de la calle, de las risas y llantos, de sus alegrías y tristezas?

Todo esto, que es la vida, imposible de reducir a esquemas, imprecisa, irregular, insegura, que puede ser o no ser, según y conforme, pero que, sin embargo, es lo fundamental y básico siempre, es lo que me ha impresionado, lo que me ha empapado, como lluvia menuda, y quisiera haber acertado a ofrecer a los amigos lectores que ven el vivir alcazareño en su propio y natural sentido.



HOMBRES, LUGARES Y COSAS DE LA MANCHA

Apuntes para un estudio médico-topográfico de la Comarca

P O R

RAFAEL MAZUECOS

Mes de Agosto Del año 1961	PUBLICACIONES DE LA FUNDACION MAZUECOS DE ALCAZAR DE SAN JUAN	FASCICULO UNDECIMO
-------------------------------	--	-----------------------

Vistas de la Feria

FUERA DE PROGRAMA

HA llegado la Feria y aunque uno no haya podido nunca ir a ninguna parte, no quiere decir eso que no le guste.

Más o menos, cuando la aldea celebra su función, todo el mundo hace algo, y aunque uno no pueda ir a todo, como van los grandes, se permitirá por este año gastar sus cuatro perras en las vistas csas de por fuera de la Feria, que no las mientan los prospectos ni nadie cuenta con ellas, ni las espera, como el tío de la rueda, que surge inesperadamente, o la gitanilla de los carrizos con molinos de papel de colores, sujetos con alfileres.

El tío del cajón de las vistas, está junto al Cuarto del Peso, donde el piso, de piedra nativa, da seguridad a las patas que lo sostienen. Tiene el canuto tapado con la tapa de una caja de betún y cuando algún rapaz, de los que le rodean comiéndosele con la vista, le da la perra, el hombre quita la tapa para que el chico se asome a ver las vistas.

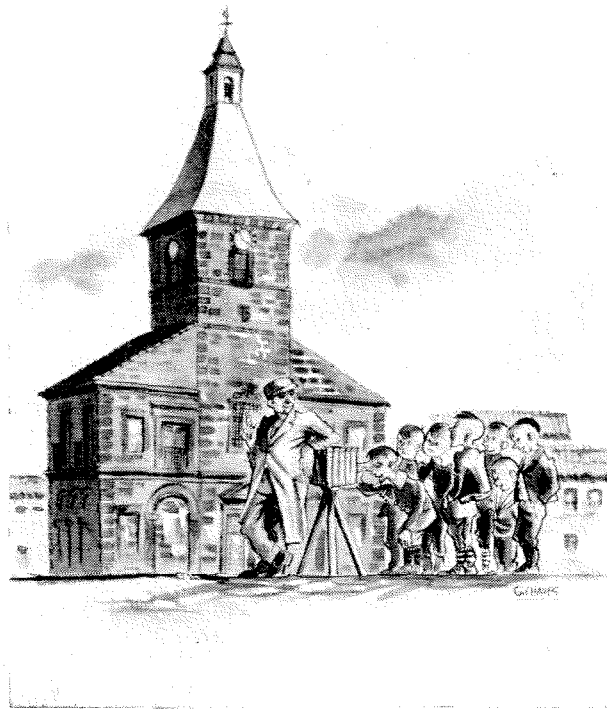
Imposible para ninguno contener la emoción que experimentan al verlas. ¡Ahí va, muchachos lo que se vé, qué hermoso!. ¡Por allí viene un gorrino sin rabo, parece el de San Antón!. Los demás estiran el cuello como si fueran a verlo, se echan encima del observador, le dan pisotones y empujan para que los deje de mirar y la criatura, con la chaqueta casi fuera del cuerpo, sofocado por los apretones, dice: «¡qué bárbaros!» Y se aparta, como un pavo, sentándose en el poyo del Cuarto con otros varios que se acercan para que les cuente lo que se veía en las vistas.

Este zagal se parece mucho a «Recalco». ¿Os acordáis de él?. Temático hasta el remate y reiterativo, recomenzando una y otra vez hasta lograr el remache, con el aplomo que denota el apodo y con la tiesura y el geniecillo de los rebajotes. Habla recio, según le va pidiendo la edad, y se fija, se fija el repretado rapaz. Se levantaron del poyo y se fueron por ahí. Embelesado me fuí detrás y he aquí lo que le fuí oyendo decir que se veía por el canuto del hombre del cajón de las vistas de la Feria, que hay orilla del Cuarto del Peso.

Es un convite pobre, lo reconozco, pero no dudareis que sentido y dado de corazón.



De lo vivo a lo pintado



EL hombre del cajón de las vistas halló una solución fácil a la necesidad de buscárselas, poniendo en el canuto retratos de Alcázar y la gente, que pasa de continuo por esos lugares sin mirarlos, al verlos en las vistas, se sorprende y alegra de contemplar lo de diario como cosa nueva, distinta y sobresaliente y los mismos chicos hablan con alborozo de su calle por el hecho de verla por el cristal del tubo y tener que fijarse en lo que patalean sin verlo a cada paso.

Pero son pocas las personas que se detienen a mirar. Por lo común pasan sin apercibirse de las vistas, derechas a las funciones grandes de la Feria. Alrededor del cajón solo se detienen cuatro arrapiezos, algun grandullón de prolongada puerilidad y esos hombres, ya canosos y esas mujeres gordas, que, en su aburrido vagar, se paran y fijan en todos los detalles de la Feria, los puestos de los buhoneros y estas distracciones menores o meros entretenimientos que nunca faltan entre lo ínfimo del ferial.

De oír a los chicos, a los que seguí cuando se levantaron del Cuarto del Peco, me picó la curiosidad de mirar y de lo visto y oído, cuando se hable, como siempre, hasta la Virgen o hasta la Pascua, de lo que hubo en la Feria, puedo decir que el hombre del cajón me enseñó por el canuto unas vistas nunca vistas, como decía el otro perillán de los títeres, de las fieras feroces que tenía dentro del telón, donde gruñía el payaso imitando sus rugidos; «lo último, lo más espeluznante, la selva bramando entera». Y aquel truhán de la rueda con premios gordos que nunca tocaban. Pero las vistas que yo ví eran verdaderas de verdad y si nó fijaros, por si las trae el hombre a otro año.

Calle del Santo

HERMOSA y singular calle, ésta del Santo, en Alcázar de San Juan.

Ancha, hasta el punto de hacer imposibles las grescas de vecinas, soleada, protegida

del cierzo, alegre y limpia. Solo una falta le hallo: que no suba en línea recta hasta la vía del tren. Tan comfortable es esta calle desde su origen que, saliendo el sol, se pudieron sentar las mozas en las puertas, sobre peludos y baleos, durante la fiesta de San Sebastián, en los tiempos en que se decía que caían hasta chuzos ese día.

Esto de sentarse en las puertas las mozas, mientras los tíos se despachaban a su gusto en las cocinas, era por las tardes, a primera hora, el momento más sosegado de la fiesta, porque al subir el Santo por las mañanas, el barullo era indescriptible, sobre todo al correr los gallos, y lo mismo, al bajar el Santo.

En esas esquinas de junto al Arenal, desde la ventanaja de la cámara del tío Marcelo Vaquero a la de Manuel, el de la Amalia, se ponía la soga de colgar los gallos, cuya cabeza habían de arrancar y llevarse los caballistas a todo correr.

En la otra punta de la calle, más allá del Gallego, vivían la «Soldaeta» y el hermano «Clarote», menudos y arriscados, que le hacían guardia al Santo, para que no se lo llevaran los de allí abajo, según decían. Con ellos alternaba la hermana Marcelina, la morcillera, también menuda y cascarrabias. ¡Cualquiera se acercaba al Santo estando ellos allí. Este hermano Claro con su mujer, la «Soldaeta», eran los que cuidaban las compuertas de los Sitios de Santiaquillo, cuando las aguas corrían en abun-

dancia desde el Arenal y se ponía aquello hecho un mar, como decían Perico «Rengue» y «Pajón» cuando venían de por allí asustados.

Es lamentable que lo cursi insinuara su presencia al modificar el nombre de esta calle. El barrio no hubiera dudado nada. Hubiera seguido el Santo, a secas. Tal vez alguien hubiera dicho que se llamara de Santo Bastían, como



lo hay en Quero, por ejemplo, y no sé si en Miguel Esteban, y aquí se ha dicho por muchos siempre, incluso aplicado o persona, pero lo de San Sebastián nadie lo hubiera creído preciso, porque allí al decir el Santo, todos entienden que no puede ser más que ese, y aunque parezca que no, va mucho en pureza, en casticismo, en matiz alcázareño, de decirlo de un modo a decirlo de otro. Claro, que pasa con esto lo que con los que llevan un nombre distinto del que les pusieron al inscribirlos en el Registro, que nadie los conoce por el nombre de inscripción, pero nunca son convenientes estas engorrosas disparidades.

«Estrella», hijo del barrio, tuvo la oportunidad de iniciar una urbanización única. No es culpa suya carecer de preparación y es lástima que Ricardo no le iluminara con sus ideas de grandeza. Eulogio trazó algunas de las calles de arriba y pudo complacerse de que la gente de por allí, casi toda de su familia, distinguiera con su apodo una de las primeras que señaló: la calle de «Estre-

lla» y no de la Estrella, como equivocadamente le han puesto después.

Pudo Eulogio dar su nombre a una calle y nadie se lo hubiera impedido. Otras cosas hizo porque le dió la real gana. Como buen alcazareño, le sobraba coraje para dar un empujón cuando se terciaba, pero también le sobraban espaldas, dentro de su segura, para aguantar a la gente cuando se le echaba encima, burlona y socarrona, zarandeándole de lo lindo, y eso pasó con la calle. Sus propios amigos y familiares empezaron a hablar de la calle, dándole el apodo de Eulogio y con él se quedó, con beneplácito de todos y de él el primero, y muy bien hecho, señor. La lástima es que no se haya mantenido con claridad tan sencillo y natural origen, incluso como rasgo de alcazareñismo neto, de sorna y sandunga del Alcalde y de los vecinos, bailando todos al son del pandero y embromándose solos a su gusto y sabor.

La calle del Santo, tan hermosa, tan

paseada siempre y más con el motivo de las calles nuevas, por Eulogio, por Lázaro, por Casimiro, por «Pirralda», por «Brocha» y compañeros mártires, no les dijo nada ni avivó su imaginación o tal vez obró en ellos en sentido negativo, como ha pasado aquí muchas veces y se dijeron: «Para qué queremos tanto. Con eso tenemos bastante» y cortaron, con arreglo a sus necesidades del momento, sin ver siquiera las escuelas que hicieron ellos mismos y choca que no les dieran más amplios horizontes en el ensanche que iniciaron y hacia el que era lógico que hubieran orientado la expansión íntegra de la Ciudad.

Tiene ya difícil arreglo todo esto, pero la calle del Santo permanecerá siempre en el plano del pueblo como una de las más hermosas y alegres, bien concebida en su tiempo, como el Arenal, su Plaza propia y la de Toledo, su hermana gemela, cuando se pudo disponer de terreno sin limitación ni cortapisas.



He aquí las Escuelas del Santo.
A la izquierda, la portada de la bodega de «Estrella».
Como se ve, Eulogio tenía buenos arranques y fué una lástima que le faltaran los asesoramientos.
¡Lo que pudo hacer desde su portada para arribal
Y que lo pensaba no hay duda, porque lo hecho demuestra que cuando iba por allí todas las mañanas y muchas tardes, no era solo a meterles el dedo a las tinajas, para quitarles el velo de la nata, sino que se le calentaba la cabeza al ver el descampado cuando entraba y cuando salía.
Y ahí están las Escuelas para probar su buena voluntad y su falta de preparación.

El Arenal

GRANDE e importante plaza alcazareña, la mayor de todas, con nombre popular porque un Arenal era y es, colectora y distribuidora de los arrastres de los altos que dominan medio pueblo.

Durante muchos años estuvo convertida en un barrizal inmundado, hasta que «Estrella» se lió la manta a la cabeza y construyó la Glorieta que se ha conocido, elevando el piso central, cercándolo, poniendo árboles y haciendo un pozo para regarlos.

La gente, su gente, porque por allí el que no es «Petardo», es «Rochano» o «Malagueña», cantero puro o ligado con ellos, siguió aquí rindiéndole pleitesía a su modo, sin ostentación ni formulismos, pero arrimando el ascua a su sardina, como iban con él a todo, en amor y compañía, todos iguales y le daban los votos en masa, no por ser liberal, sino por ser Eulogio y aunque el Conde dijera lo que quisiera, y cuando acabó la Glorieta, los mismos que dieron su apodo como nombre a la calle de arriba, pusieron una estrella de hierro en lo alto de la caseta del pozo, la buena estrella que tenía el barrio y sus vecinos, con que Eulogio, vástago juncal de sus barrizales, rigiera los destinos de Alcázar.

Y entre todos organizaron la fiesta de la inauguración. «Estrella», corredor y tabernero, hombre de la Plaza, no estuvo nunca remiso ante una solicitud de zurra y ese día corrió más que el agua antes del saneamiento del piso, según consta ya en los cuadernos de esta obra y todo el mundo lo pasó en grande, celebrando los rasgos de «Estrella», que

tuvo la virtud de no salirse nunca de su campo, de comportarse tal cual era en toda ocasión, hasta delante del Rey, lo que le daba soltura y atractivo, sin ponerse tonto jamás. Siempre vistió de pardo y nunca soltó la garrota, ni la palabra «leche», tan alcazareña.

Bajaron los yeseros de la Cruz, y entre «Cucos», «Monos», «Galgos», «Pollos», «Borregos», «Chicharras», «Porros», «Boleros», Roperos, Vaqueros, «Niños», «Pajareros», «Herrerros», «Julianetes», «Brunetes», «Pellases», Beamudes, «Carreras», «Rengues», «Tocinillos», «Bastos» y «Esquilaos», se puso el Arenal que no cogía una naranja y aunque hizo una buena tarde de sol, nadie pasó sed. Los tinos de medir, rebosantes de zurra hasta la noche, se encargaron de suavizar los guargueros resecos de tanto hablar, según pudo dar fé Juan Leal, fiel seguidor de Eulogio, que sabía algo de letra, un poco memorialista, un poco picapleitos, que hasta la decadencia, ya sin rehabilitación posible, llevó la voz de «Estrella», con él a su vera, ante



los estrados, para dar a conocer su criterio administrativo, porque Eulogio no era hombre de fórmulas y necesitaba como el pan decir lo que sentía, y que alguien recogiera lo que él vertía a torrentes en la plaza y lo adecentara para la solemnidad, pues Eulogio no se curó de la separación del cargo, como no se cura ninguno de los que lo han tenido.

Esperamos confirmar algún día lo que dice la más somera observación: que el

Arenal y las calles del Santo y Toledo, fueron concebidas por la misma persona, asaz precavida en cuanto a las grandes avenidas de agua y a las necesidades futuras del vecindario.

Dificultades insuperables debieron oponerse para que la Cruz Verde no tuviera la franca y expedita desembocadura de la calle del Santo y esas dificultades debieron ser las casas construídas con anterioridad, una de ellas la de mi bisabuelo Facó, la de la izquierda de las dos grandes del frente de esta fotografía. La Cruz Verde tuvo que bifurcarse a la altura de la casa de la Joaquina de «Pelusa» y de la de Jesús Lucas, dividiéndose en una vía estrecha a la derecha, por la casa del hermano Bautista «Carreras», para ir en busca del camino de Villafranca, y otra mayor, a la izquierda, para salir al camino de Herencia, perdiéndose con ello la espléndida vista que hubiera tenido sin ese pegote de casas.

Cuando «Estrella» acometió el saneamiento del Arenal, no habían perdido las casas, su sello de humildad, aún las más grandes, como la citada del abuelo «Facó», la de su hijo «Borrego» y la de Diego el «Galgo», que solo diferían de las otras en el tamaño, pero no en las

características de la construcción, por igual adaptadas a la gañanía o menesteres complementarios, como los hornos de «Pellas» y de Raimundo Barrilero, la zapatería del «Cojo», la carpintería del «Rulo», la barbería de Segovia, las tiendas de la Amalia y la de Morales, la taberna del «Canijo», de Pellas y la fragua del tío Pedro. La Benita, la «Patatera», tenía otra tiendecilla más allá de Bartolo el «Cuco» y la Ruperta de «Pellas», por donde las Bolas. Todas las casas eran más bien pequeñas, contrastando con la Plaza. Cuán distintos los criterios que trazaron las casas y la Plaza. Y, sin embargo, estos rincones, desde el horno de Raimundo hasta la esquina, debieron impedir también que la calle de Toledo saliera al Arenal con la anchura que le correspondía, con lo que además hubieran tenido las aguas amplio cauce hacia el arroyo de la Veguilla, como necesitaban.

El saneamiento de Eulogio, fué el primer paso en la renovación del Arenal y desde entonces, poco a poco, van quitándose todos los recuerdos del pasado.

¡Ojalá que el futuro le sea lo propicio que merecel. Y que lleve siempre su nombre sin aditamentos que no necesita: El Arenal, a secas.

Altillo de Soria

mos, la calle ha cambiado tanto, que no hay quién la conozca. Sin embargo, su escasa significación hace que lo nuevo

TODOS los vecinos de esta callecilla corta han hecho sus casas nuevas y las han encamarado.

Desde que calzaba los ejes en ella el tío Pedro el herrero del Arenal por no tener allí sitio, en la casa que luego fué de su hijo Ceferino,—«Canana» el de las tortas,—arriba a la izquierda, a linde de Eusebio el «Porrero», padre de Camilo; desde entonces, deci-



no desentone en ella. Su trazado sigue igual, en forma de reloj de arena, con

un ensanchamiento a la entrada por el Arenal y otro en el arranque de las calles del Crudo y Madrid, estrechándose algo más arriba de la mitad, por donde vive la Pilar de «Caleillas», más abajo de la casa de «Malagueña».

Es una cuestecilla breve que siempre

ha estado limpia por no detenerse en ella las aguas de lluvia. Ahora está muy bien arreglada y como es una cuesta muy agradecida por el poco tránsito le duran los arreglos. Eso y la buena vecindad hacen de ella un rincón agradable del lugar.

Calle de Toledo

He aquí la tercera gran vía del barrio del Arenal, ancha, larga, recta, con amplios horizontes hacia la Ciudad Imperial, que para los efectos acaba aquí, en el Malacón del Riato de la Chela.

Todas las casas son humildes, empezando por la en que yo nací. La casa del Cristo, esta segunda

de la derecha, de cámara baja con sus dos ventanillas, tan curreta y cuidada de siempre como su ama antigua, la Margarita de «Rufao».

Se iban a las afueras los que necesitaban expansión, los que querían hacer algo y no tenían a dónde ni con qué.

La calle de Toledo, está fundada sobre un cibanto que viene de las Abuzae-ras y según se viene desde allí, al llegar al callejón de la esquina de Lázaro Lagos, lugarteniente de «Estrella» y del Bizco «Sanaba», ambos de mi parentela, se abre la calle en dos brazos, uno hacia el Arenal y otro hacia la calle de D. Antonio Castillo, dejando en mitad, en chafán, la casa de la «Renga» y las allegadas, brazos que podían haber sido y aun podrían hacerse tan vigorosos como la calle misma, saltando ambos la corriente de las aguas que desde el Arenal van a la «Veguilla». ¡Qué hermosa perspectiva al ensanchar esas dos entradas!

A pesar de ser una calle nueva, las casas son viejas, porque los adobes en-

vejecen pronto, pero la calle conserva su semblante juvenil, su aire risueño, su alegría, la frescura y jugosidad de la



tierra cultivada que la tiene encima y, las casas, más que viejas, parecen arrugadas, resquebrajadas por los aires y quemadas por el sol como la piel de los que viven pegados a la tierra, pero que como no tienen muchos años, debajo del pellejo curtido, les corre la sangre hirviente y les vibra la carne viva y estas casas de la calle de Toledo, no viejas sino envejecidas, tienen todas por dentro el frescor de la juventud, la limpieza, el calor o la frescura que requiere el tiempo, la claridad del enjalbiego, reciente en toda ocasión y el olor a naturaleza que le da el estiércol y la tierra húmedos. ¡Qué grato ambiente el de estas casas y las cocinillas apartadas, para el trajín, con la lumbre en el suelo y la rumia cadenciosa de las bestias próximas.

¡Calle de Toledo! Hermosa calle, nombre adecuado. Gente trabajadora del campo. Claridades en el suelo y en el Cielo. Almas sanas en cuerpos sanos. Amplios horizontes. Tan amplios que

alucinan. La punta de esta calle es, para el concepto de las gentes, el lugar más remoto del pueblo. Ninguna otra calle tiene una punta tan señalada. La figura de D. Magdaleno es inseparable de ella. Cuando se quería ponderar el celo de D. Magdaleno en su trabajo, se decía que al amanecer estaba ya en la punta de la calle Toledo, y era verdad, porque él sabía que todo estaba dispuesto para recibirle apenas pintaba el día: el suelo barrido, las camas hechas y la del enfermo estirada, cosa que le agradaba mucho y celebraba «echando triscos», pero muy complacido por dentro.

La otra persona simbólica de la calle Toledo era la tía «Renga», bragada y

dispuesta, que se las mantenía tiesas con el Lucero del Alba, que es, por lo que dicen, a lo más que se puede llegar en firmeza y virilidad. Y ella salía con el trabuco, después de la media noche, a ver si se rebullía algo por los corrales, que daban al campo, porque entonces no existía la calle de D. Antonio Castillo. Vendía aguardiente «copeao» por las mañanas en el portal de su casa y cuando daba una voz en la puerta temblaban hasta los chicos del Cristo, aquellos chicos que sabían más que los pájaros lugareños y por eso conocían que no les valían las mañas con la «hermana» Dolores, siempre dispuesta a quebrarles las alas.

Aduana

ESTA plaza alcazareña, llamada de la Aduana, es de las más desafortunadas en su reforma, empezando por el nombre mismo, contemporáneo, sin duda, del otro de la Marina que hubo un poco más arriba y ambos, como otros, originados en las contiendas finiseculares, sin ninguna significación local.

Cuando íbamos a la escuela de Don Cesáreo se inició el cambio con el derribo de la casa de la Tusa por aquel altivo señor que fué Don Tomás Sánchez Tembleque, que no era alcazareño, claro, y que colocó el primer «mirador» del pueblo con armadura de hierro y cristales de colores, azules y encarnados, que también puso en otras puertas de dentro.

Dos de las casas más típicas y propias de Alcázar contemplaron atemorizadas el atrevimiento; la de Racionero, que ocupaba todo el chaflán del frente de esta fotografía y la de Serrano, aquí a la derecha de la misma.

El médico Don Leoncio Raboso, harto de vivir y ciego, se paseaba en su puerta y se iba hacia la Corredera para evitar que le cayera el polvo del derribo.

Todo ha cambiado en este paraje. Hasta las yuntas que lo cruzan hoy van enganchadas en remolques. Entre los dos carros, con trotecillo perrero, como los de antaño, va un galgo indiferente al que nada importa, como si estuviera conven-



cido de que no hay nada permanente, que los cambios son continuos y breves y, para lo poco, igual da que esté de una manera que de otra. Con sentido muy alcazareño, parece decirse: ¡Agacha la cabeza y vámonos!

La Corredera

EN esta esquina de la izquierda, cuya casa tiene la entrada por la calle de la Feria, y en la habitación de la derecha que llegaba hasta la esquina misma, estuvo la escuela de Don Cesáreo, más conocida por la de Albinet, por ser ese el apellido de su esposa, Doña Alberta. Junto a la puerta de la escuela estaba la escalera de subida a la vivienda del maestro y a la izquierda el patio de la casa donde vivía el cestero y había siempre abundante labor de mimbre.

La Corredera tenía las mismas dimensiones que ahora, porque eso, la extensión, una vez limitada se cambia rara vez, pero no había ninguna de las casas nuevas que se ven, y de las viejas del fondo pocas, porque allí estaba La Montijana. El piso era de tierra y el barro abundante.

¿Que por qué se hizo esta calle semicircular estando en el campo? Pues por esa tendencia de la gente a ir cortando siempre, a buscar el camino más próximo y por imprevisión de las personas rectoras.

Había un pie forzado, que era la fábrica del Salitre, enorme, ocupando la mitad de Los Sitios, desde el Arroyo a la Carretera y en lugar de hacer una derivación amplia de la Carretera a la Cruz Verde, se hizo esta retorcida Corredera y cuando las construcciones se corrieron mas atrás se hizo la Rondilla, de las mismas características de la Corredera, dos callejones como quien dice, a las cuales se dieron nombres exóticos, dejando una solución difícil al problema de las comunicaciones del porvenir, que

no ha sido tan lejano como se supondría entonces. Se hicieron dos calles, una por delante y otra por detrás de la fábrica del Salitre, de ir echando la gente, según los casos, por la puerta o por el corralón de la finca.

Con las dos calles se pudo hacer una grande, hermosa, recta y suficiente, en lugar de dos retorcidas y raquíticas,



pero no se aprovechó la oportunidad y costará trabajo enmendarlo porque el Praillo se ha urbanizado prestando poca atención a este problema fundamental de las comunicaciones y desagües generales y naturales de la población.

No había por entonces en la Corredera más que una casa alta, aquí a la izquierda, algo más allá de donde vivía Luquillas con la tía Aniceta, su madre y la Rosalía de las tortas con su Luis, que cortejaba a la Higinia, En la casa alta, que tenía un corralón descomunal, lleno de escombros, vivía Don Ignacio, el maestro, suegro de Mariano «Mocho» y de Miguel el maquinista, padre de Agapito, con toda la patulea.

La Corredera era, con el callejón de Don Juanito y el Arco, los caminos por donde se iba a jugar a los terronteros negruzcos de Los Sitios al salir de la escuela y donde se ocultaban los «novillos» haciendo hora para ir a sus casas. Los albañiles, hermanos Beamud y Lucio Vaquero, fueron los más decididos pobladores de la Corredera y como a

todo el que empieza algo hay que agradecerle el comienzo, porque los principios son siempre dificultosos y des-

agradables, por eso les huye la gente y por eso al que no se aparta hay que reconocérselo.

Calle de las Aguas

He aquí la calle de las Aguas de Alcázar. Le dicen otro nombre impropio porque no tuvo la suerte de que al rotularla se oyera la voz del pueblo, que es, según se sabe, la voz de Dios.

Se trazó mal, como una callejuela, y al irse transformando se han hecho más ostensibles y más incorregibles sus defectos.

Por poner en comunicación la carretera de Herencia con el Arenal y con la Cruz Verde y la Estación las necesidades de tránsito por ella son muy importantes y su capacidad inextensible. Es

una calle nueva que parece vieja y obligará a hondas reformas u otras derivaciones de la carretera para hacer el tráfico fácil.

Hace cuatro días, como quien dice, que el pueblo terminaba justamente en las paredes del Matadero, que ya se hizo en pleno campo y precisamente en el arroyo de desagüe natural. Y todos los que necesitaban el desagüe y la expansión se fijaron en el paraje. ¡Qué gran calle se pudo hacer entonces, pareja de las próximas del Santo, Toledo, Arenal y

Cruz Verde! Pero nadie lo previó y las industrias se aposentaron en su recinto sin pensar en sus necesidades futuras. Al deshacerse la primera de éstas, La Montijana, por la buena vista de Ricardo de subirse a la Estación, se parceló su terreno y nacieron las casejas que hay a la Corredera y a la Rondilla y algunas bodegas. De otra fábrica anterior, ya



desmontada, la del Salitre, salieron otras casas. Y se montaron otras industrias. Enrique Puebla llevó allí las gaseosas y «Mocho» su bodega; Quintanilla el banco; Peñuela su gran instalación; Fortunato la suya y la Mariana su Calera y allí se fué, también, Cristóbal con sus impulsos vinateros y Organero con la yesería. Se condensó la vecindad en sus contornos y ya no pueden rebullirse, ni es fácil que salgan de allí.

Conviene consignar las consecuencias para otras planteaciones.

Unte de ruedas

SALIERON César Castellanos y Monedero, con la tartana, hacia la vega y antes echaron un trago, para salir con buen pie, acordando que en el camino echarían otro y al arrancar la yegua lo echaron, diciendo que el que tenían pensado lo echarían al cabo de un rato. Llegaron a la Plaza y, César propuso ir a darle los buenos días al «Chato», pero Monedero le recordó la idea que habían tenido de no beber hasta que pasara un rato y César dijo: «yo creo que ha pasado ya».

Es lo que decía Julio Espinosa luego: Así, cualquiera viaja con suavidad.

La Cruz Verde

ESTA vista del anchurón de la Cruz Verde, difiere fundamentalmente de todo cuanto se ha dicho en varios capítulos de esta obra, incluso la Cruz es una habitación más de la calle y en lo que aquí se ve solo hay dos casas de las primitivas, la de «Raspilla» en primer término de la derecha y la de «Jaranda» al fondo, en la esquina de la calle Nueva, cuyo nombre propio está pidiendo restauración.

Han cambiado las casas y han cambiado completamente los vecinos y este trozo de la calle ha perdido su carácter de patio de vecindad, que siempre tuvo.

Los que lo ocupan ahora, ligados al tren en su mayoría, viven ajenos a los afa- nes de la tierra.

El pensamiento de todos ellos encarrilado a la vía, deja en la Cruz el vacío que se percibe en el ambiente, falta del calor y de la vitalidad, que le prestaban la permanencia y el trajín de los yeseros, que tenían la calle como parte de su casa propia y como de uso privado para ellos, que la poblaban como hormigas.

Casualmente ha sorprendido «Pitos» ese grupo de ovejas en la esquina de la calle Ancha. Son pocas. No se puede decir que sea un ganado, porque en Alcázar apenas quedan ganados. Aunque con pastor y zagal, borrico atero y perro, no pasan de ser unas cuantas ovejas, si bien «llenas», como se ve, es decir, preñadas.

En los tiempos que evocamos no se vió nunca la esquina de «Jaranda» lo solitaria que está ahí. La calle ha ganado en magnificencia, pero ha perdido carácter, autenticidad, sentido de convi-

vencia, fraternidad en la pobreza y hasta bullicio. Un conjunto de cualidades positivas, que al entrar en ella, le hacían a uno sentir que entraba en lo suyo, en el patio de su casa de vecinos, al percibir la familiaridad con el suelo, con la gente, con las cosas. Ahora se siente en ella el aislamiento; incluso mirando la fotografía se nota la disgregación de los elementos. No es la soledad y menos la soledad solemne, tal vez escalofriante de los parajes olvidados que caminan a



su extinción, no; lo que la Cruz nos ofrece es un cambio de rumbo. Ha cambiado su casticismo, sus casas típicas, por otras como las de todo el mundo; su vestimenta propia por otra de patrón universal, su imprescindible hermandad, hasta en la pelea, incluso para echarse al camino en las noches temerosas con su mercancía, unidos por la zozobra, todos en reata, por el apartamiento del no necesitarse y buscárselas cada uno como puede, pero con el pensamiento siempre a distancia, desligado del suelo que pisa y del prójimo cuya ayuda, consuelo o consejo se precisa, se busca y se desea.

En vano los árboles nuevecillos ponen una nota de suavidad en el panorama. Su presencia impersonaliza más este anchurón y contribuyen a su efecto de extrañeza para el nativo, que busca su origen y desea continuar, legar y perdurar.

Calle de la Luna

CALLE joven, contemporánea de la calle Nueva, ambas formadas en las primeras expansiones del barrio de los yeseros o de la Cruz Verde, que es su vía central; calles rectas, suficientemente espaciosas, proporcionadas a su necesidad de transversales.

La de la Luna, va de la Cruz Verde a la calle de Madrid, cuyo nombre debió prolongarse hasta la vía, y la Nueva desde la calle de la Estación a la Cruz Verde.

Este detalle de la calle de la Estación es importante y no se comprende que Alcázar, que tanto debe a la Estación y que tenía una calle más con denominación perfectamente

encajada, popular, clara y sencilla, eligiera esa vía para ponerle los nombres de las ilustres personalidades que ha llevado, disponiendo de tantas calles nuevas que, por lo hecho, se comprenden los apuros que se han pasado para roturarlas más de una vez y la poca fortuna que acompañó a la elección.

Las expansiones de Alcázar se han iniciado casi siempre por un grupo de vecinos o de padres de familia numerosa que compraron tierra para que todos los hijos hicieran casa, como «Cayares» y otros.

En la Corredera fueron los de Beamud, los albañiles, y los del tío Marcelo Vaquero los que impulsaron la construcción, y en la calle de la Luna los «Pellases» con otros yeseros y los de las bodegas próximas a la Estación, «Peluzo» y los «Carabinas». Entre los «Pellases» y los «Carabinas» se puede decir que hicieron toda la acera de la sombra, salvo lo de la entrada, de Leandro, la Paca Ortiz y el «Medio».

La calle Nueva la hicieron entre los treneros y los yeseros. Los primeros la parte más próxima a la Estación, Vicente Carabaño y Soledad, con un solo yesero, Juan el «Mueso». En el otro extremo se aposentaron los yeseros de menos luces o que no habían logrado afincarse más abajo. Los «Santicos», los «Pelaos», el «Tornero», Nicanor Pérez, «Bodiquilla», Perico el «Borracho», «Potra», los



«Pancharros», el tío «Pistaño», «Pirralda», el «Pollo» y otros.

Los de menos disposición fueron los más prolíficos. Los alrededores de los hornales parecían madrigueras; los chicos salían como conejos y con la misma nativa presentación, todos de su monte. Y así, con tan primitivo sistema, se hizo la calle Nueva.

Le estaba bien el nombre que le dieron a la calle de la Luna, pero D. Magdaleno, que andaba de verdad por las calles desde los amaneceres y no como yo, que lo hago con la imaginación, hizo que le cambiaran el nombre, igual que a otras y casi todas con el mismo espíritu castrense y el mismo desacuerdo desde el punto de vista del casticismo local.

De lo más desacertado fué lo de los Alterones, y la calle Ancha y la de Machero, por aquello de que estaban al hilo, sin que se puedan considerar como modelos las nuevas del Dr. Creus, por-

que fué profesor suyo y de Prim por su relevante personalidad. ¡Con los nombres tan propios que se podían haber puesto!

Ya se ha señalado otras veces el ejemplo de los pueblos de alrededor, muchos sorprendentes por su belleza, por su propiedad inmodificable, como la mayoría de los mote de la gente, por su claridad y fácil comprensión. Pero la cosa sigue y cada día se oye algo que le deja a uno admirado. Hace poco, al preguntar la dirección a una campesina para

escribirle, me dice; vivo en la calle de la Senda de los Molinos. ¡Vaya nombre para Criptana, ¡eh!

Pues bien, en Alcázar se eclipsó la Luna; la apagó D. Magdaleno con su continuo resoplar, pero era verdad que se llenaba toda la calle de Luna como pocas y cuando no había luz, porque los faroles no alcanzaban para aquellas calles, el tenerla natural era suficiente para que los vecinos no lo olvidaran y llamaran a la calle con su nombre.

El Boquete de la Niña

El estrechamiento que sufre la calle de la Trinidad al llegar a Santa Quiteria, se conoce de siempre con el nombre de «boquete», y como hay uno a cada lado del templo, para distinguirlos se les agregaba el nombre más conocido de su proximidad.

El que se ve aquí, se conoce por el de la «Niña», por ser la de esta,—Doña Pilar Baillo, esposa de D. Enrique Bosch,—la casa que con Santa Quiteria lo forman. Al boquete de la calle de la Feria le decían el de los Cordeiros.

Este boquete tiene dos detalles característicos y propios: el aire frío, que corre siempre por él en todo tiempo y la

maravillosa leyenda de la Cruz del Fantasma, que publicamos en el fascículo primero, debido a la pluma, ática, de D. Juan Guerras, bienhechor de Alcázar que no es posible olvidar.

La acera de la izquierda está totalmente cambiada. La de la derecha se re-



novó hace tiempo. La primera es la casa de D.^a Flor, de sólida construcción antigua, de las buenas del lugar.

La Plaza

ESTA es la Plaza, la Plaza, como esta Plaza no hay otra; donde tiran a la barra y juegan a la Pelota.

Aunque van publicadas ya muchas vistas de la Plaza de Alcázar en su estado primitivo, no queremos dejar de incluir en la obra estas fotografías que nos la muestran en otros instantes característicos.

La primera representa el sector más vivo en su época.

La gente tenía una tendencia predominante a entrar en la Plaza por el boquete de la izquierda, el más umbrío, formado por el rincón de Leña y la puerta del Juzgado y allí, junto a las tiendas de la Casa de la Tercia, la del «Corneta», la de «Cobete» y las tabernas, se ponían las mesas de la carne y los puestos principales y más numerosos, quedando libre la mayor parte de la Plaza.

Al final de ese conglomerado, ya casi en la fachada de la Posada de la Cayetana, en la misma tienda de Facó Manjavacas, solo con su mujer, que, por pesar y medir tan alambicado siempre, le decían el tío miserias, frente a esa tienda, está la Juliana la «Junquilla», —mujer de Miguel Correas,— con su hija Quiteria en el puesto de peros y habas tiernas, contando las vueltas para dárselas a un comprador que le dió tos y se tapa la boca con la mano derecha, mientras que, sujetando el cesto contra su cuerpo, abre la mano zoca para que la Juliana le eche las perras.

Entre la madre y la hija, sentado detrás de su mesa de la carne, con la gorra

bien encasquetada, está Trinidad Castellanos. ¡Qué lejos de pensar entonces, que en aquella gran posada se iba a hacer el Pasaje y que este sería de su propiedad!

Trinidad se había quedado sin padre de chico, pero tenía poco de «Pití», era «Julianete» auténtico: gordo, atosigado de resuello, con esa alma espesa y reposada que se les pone a los pastores de estar con el ganado, en su lento, acompañado y continuo rumiar, que les quita toda viveza y agilidad, de remos y de caletre. Tienen, en cambio y por igual razón, el sentido práctico y hasta la intuición de saber dónde se podrá dar el



ganado un buen verde y cuál es el mejor momento para cogerlo y Trinidad aplicó luego a la vida ese limitado y útil conocimiento que había heredado y ejercitado en su juventud, logrando el merecido provecho, sin ochar para nada de menos el no haber ido a Salamanca.

A continuación del puesto de la «Junquilla», hay apiladas unas cajas como de pescado. La cabeza que sobresale de ellas tiene una expresión muy parecida a la que ponía la mujer de Parra y hasta parece que se adivina el ojo huero y

¡vaya si es ella! ¡Qué trabajadora era! A su espalda y apoyado en la otra mesa de la carne, muy puesto de mandil largo de cuadretes, está Julián el de «Julianete» el que vivía en la calle del Tin-

te, orilla de «Galicia» el Porrero.

La fachada de la posada está tal cual, con sus corredores, ventanas y gran portada. Ya estaba hecha la casa de don Alvaro.

El extremo opuesto del en que se amontonaban los vendedores es este ángulo de la Plaza, abierto a la calle de Santa María.

La fotografía nos ofrece tres casas desaparecidas: la de la esquina, frente a las «Laurianas», con sus atrevidas tres plantas y su GRAN BARBERIA de Parra, que dió nombre a la esquina; a con-

circunstancias que los hacían inevitables.

La casa grande de la derecha es la de Rojas, ya entonces de Pantoja y los chicos que hay en el balcón, son los de Carmelo, el hermano de la Pantoja.

Era una mañana de buen sol cuando se hizo esta fotografía, pues hasta sombrilla tiene la gente.

Siempre las procesiones, al salir de

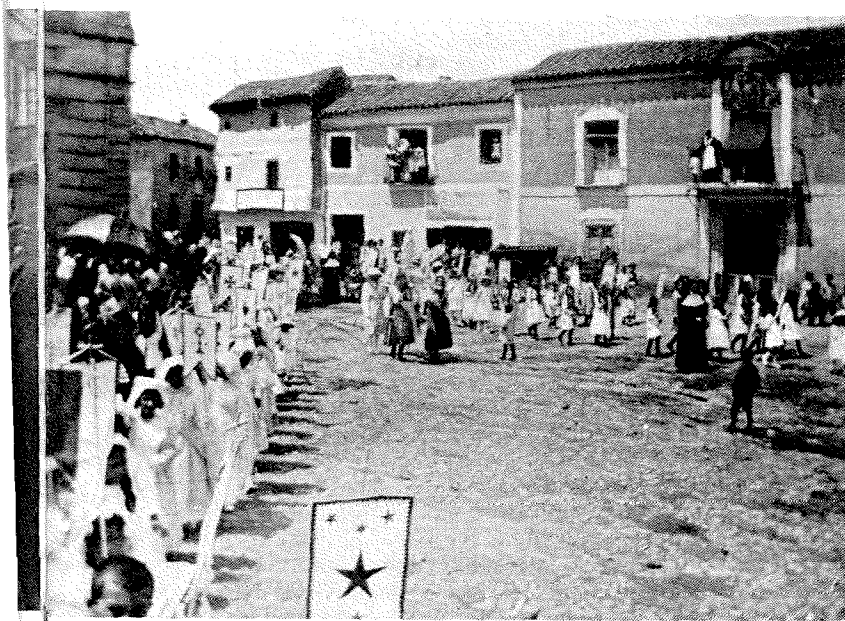
las estrecheces de la calle de Santa María a la Plaza, se ensanchan y respiran. La que vemos aquí es la de Nuestra Señora de Lourdes, que la llevan las niñas del Colegio de las Monjas Francesas, un día de primeras comuniones. Era natural que estas religiosas, francesas y muy francesas todas, llevaran una imagen de su país, que además tiene tantos devotos aquí también.

El piso, empedrado, con las calvas que hacían los carros y los borricos de los hortelanos.

Por entonces, las procesiones se ha-

cían a la buena de Dios y llamaba la atención el orden y la disciplina que mantenían las monjas, cosa que está bien a las claras, en la que aquí se contempla.

tinuación la de las «Ministrillas» con «La Alegría de La Mancha», donde tuvo lugar la muerte del «Colorao». Los hechos luctuosos han sido tan excepcionales en Alcázar que, los pocos ocurridos, se recuerdan siempre con pesar, aún a sabiendas de concurrir, por lo general,





DE tantas como se han publicado, esta es la única vista del Ayuntamiento en que se ve clara su fachada posterior, la que daba a la Plaza de la Fuente, hacia Santa Quiteria, viéndose el Cuarto del Peso, única dependencia municipal que daba a ese lado.

Se ve, también, la fachada lateral del Juzgado de Paz, donde se agolpaba la gente durante el sorteo de los quintos. Aquí, un poco fuera de la masa general se colocaban los que querían salir corriendo sin impedimentos para llevar la noticia a las familias.

«Esta es la Plaza, la Plaza y el Ayuntamiento es este, donde me tienen que echar mi buena o mi mala suerte».

Es desde luego muy moderno este retrato, tal vez el último que se hiciera de

aquel edificio, aparte del en que se está demoliendo, por Octubre del 28, y un año antes, poco más o menos, debe estar hecha la presente fotografía.

Acreditan la modernidad el tener azoteas en lugar de torre, el estar terminadas a su alrededor todas las construcciones actuales, la instalación del urinario, la abundancia de carteles a los lados de la puerta del Cuarto del Peso, uno de ellos del Zoo-Circus, otro del Zotal, otro de cine y otro de toros, el piso de la Plaza y la ropa de la gente, uno incluso con sombrero de paja duro.

El reloj marca las cinco menos cuatro minutos, que son de la tarde, porque si no no estaría cerrado el Cuarto del Peso. Es, además, un día de buen tiempo, por la forma de estar la gente y el ambiente general de la fotografía.

Calle de la Tahona



NO se llama así. Ahora se llama de la Independencia y, como se comprenderá, por uno de esos pujos que desacreditan los callejeros de todos los pueblos, siempre sujetos a los caprichos momentáneos de las personas que llegan a los Ayuntamientos. Su nombre verdadero debía ser calle de la Tercia, como se conserva en muchos pueblos, puesto por la gente, por estar en ella la bodega y la casa de la Tercia, donde se depositaban los diezmos, que es la portada de la derecha de la fotografía.

Se le dijo después de la Tahona, por haberle dado ese nombre, extraño en Alcázar, la madre de los Quiñones al horno que puso junto a la casa de tres pisos de la izquierda.

Otras cosas hubo en ella que pudieron haberle dado nombre.

Como se ve, más que calle era un callejón, aunque siempre revalorizado por su contiguidad con la Plaza. A él salía el corral de la Posada de la Cayetana, donde ahora está el Pasaje y para cortar terreno, buscando la salida de la Puerta Cervera, se fué echando por él todo el tráfico del medio pueblo de Santa Quiteria y se hizo calle.

Fulgencio Barco tuvo ahí la fragua y el almacén de hierros. Las «Paneteras» su horno a la salida de la calle y un poco antes, una de las casas antiguas que venturosamente se conservan, la de Cordero.

Siendo una de las calles más céntricas por su origen de callejón de servidumbre, se ha quedado estrecha y tortuosa, con pocas probabilidades de cambiar.

Calle de la Virgen

ME ocurre con frecuencia el encontrar nuevo o renovado, distinto en todo caso, algo del lugar, sin haber asistido a su transformación. Ello es natural, dada la forma en que me veo obligado a vivir.

Una de esas sorpresas me la he llevado al ver la calle de la Virgen tan poblada de árboles, que cuesta trabajo reconocerla, con lo que queda dicho que ha perdido su carácter de gran calle manchega, una de las tres o cuatro más hermosas del pueblo.

Tomada la fotografía desde la entrada, que es lo natural en una calle tan abierta y despejada como

esta, no se ve más que el hastial de la casa de Cirilo, quedando todo lo demás cubierto por las copas de los árboles.

Con el fin de darse una poca cuenta de tan importante vía, se ha hecho esta segunda fotografía, tomada desde las Monjas, que permite ver algunas casas y saber dónde estamos, aunque no se percibe el ambiente de esta calle corta, recta, ancha de aceras y de calzada, sencilla y hermosa.

Calle antiquísima, de alfareros y pastores, más bien muleteros. Patios enormes de viviendas en su interior.

Era el paso de los señores hacia el Paseo de las Monjas, cuando paseaban a diario, por la acera de la izquierda, que es la de mejor enlace con el Altozano, pues los viejos suelen mirar mucho donde ponen los pies. Los señores tomaban el sol en las Monjas en el peor tiempo, por estar resguardado del cierzo y al llegar la Primavera se iban los días buenos, sin aire, a la era alta, abierta a todos los vientos.

No se puede tener un criterio cerrado para las cosas. La arboleda que hubiera estado tan en su punto desde las Monjas a Valcargao, no le pega a esta calle tan manchega, que hace el extraño efecto de esas personas que sufren arrebatos de locura en la vejez y de pronto se tiñen, se deforman la cara y se disfrazan hasta quedar des-



conocidas y las que se las encuentran se van diciendo:

—¡Ay, Jesús, hija! ¿Quién iba a pensar que ésta era aquélla! ¡Si parece una tía forastera de esas de por ahí!

Esta calle resultó de una hechura cómoda, sin que le entre de lleno nunca ni el aire ni el sol, salvo esa hora en que cae a plomo y no se escapa nadie.

Debió ser la vía principal del Parque.

El desplazamiento de la vida hacia el Paseo, decidió a los forjadores de aquella obra a aproximarla hacia allí, dejándolo sin comunicación franca por ninguno de los dos sitios.

El poco interés y los menudos intereses de siempre, empequeñecieron la obra aquella y quitaron la oportunidad, acaso definitivamente, de que la calle de la Virgen fuera un paseo regio hasta la vía, cosa a la que parecía destinada por sus iniciadores, dada la espléndidez con que la concibieron.

Aún no habiéndose logrado esto, es de siempre una de las calles de que se enorgullece la población.

No es la historia que se cuenta, sino la verdadera historia que se escribirá algún día o que correrá entre las gentes del lugar y de la redonda, pero que se está cuajando ahora con la vida de este hombre, todavía muy nuevo, casi en ciernes, pero que aún en zurrón se le nota la fuerza emotiva suficiente para que los viejos del porvenir cuenten sus proezas en el fuego al amor de la lumbre.

—En tiempos, hijos, dirá la hermana Casimira, apretándose la mano en la cortinilla negra que le cubre el ojo huero y como si fuera relatando lo que ponen las coplas que tienen los hombres que vienen a la Plaza, colgadas en un cordel, a la hora del Mercado.

—En tiempos antiguos, proseguirá la hermana, hubo un hombre de por allí abajo, mozo viejo, que le decían Ricardo el «Aplastao» y era nieto del tío «Chavicos». ¡Figuraos, hijos míos, a dónde se remontan las cosas!

—¡Qué hombre aquel, dirá la abuela Salustiana, que estará escuchando!

No era muy alto, pero recio, membrudo y peludo, con aire de primitivo. Algo calvo, la boca grande, la quijada fuerte y la dentadura de pederenal. La cara ancha y colorada, la cabeza algo aplanada, cuadrada, como el cuerpo. La mirada franca y la palabra llana, lenta, espontánea, como salida del corazón,

No le tiraban los vicios. Buen comedor. No fumaba y le tenía ley a la bebida de los tiempos bíblicos; el vino tinto carrasqueño, pero a tiempo y con conocimiento.

Un día le entró un sudor que parecía el de la muerte y su madre, la Vicenta de «Chavicos», llena de pena, sin saber qué hacer, dijo a los demás de la casa que le echaran agua, pero él cogió la palabra por ese hilo de la vida que queda a lo último y en su aturdimiento exclamó: «No madre, no; que no me echen agua, que me echen vino». Y aquello se pasó.

Era una fiera de hombre y tenía el regocijo de los seres que se sienten seguros en su albedrío por la firmeza de sus brazos y el temple de su cora-

La verdadera historia

EL NIETO I

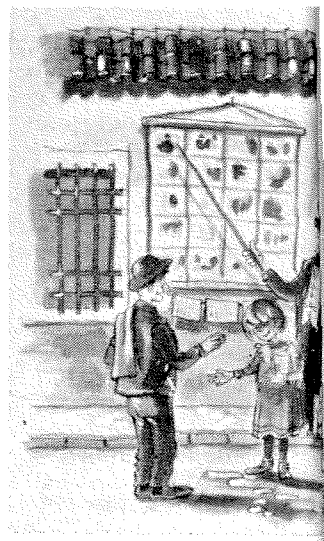
zón, como el buey suelto que se lame a gusto.

Nadie lo pudo ayuntar. Su padre, un día de esos negros, de entrar paja de noche a noche, sin poder respirar, al oír sus lamentaciones de última hora, le dijo: «¡Ves, hijo mío, qué día de fatigas tan grandes y qué duro es esto; pues es peor casarse!» Y Ricardo no lo echó en olvido, porque Ramón, el hijo del tío Valle el maquinista, el de tajada y trago, tenía también sus caídas a todo lo largo, y fué también de las máquinas en los tiempos que la tizne era lo mejor.

El tío «Chavicos» también llevó allí a los mayores y la chica se le casó con éste que fué el padre del protagonista de esta verdadera historia, pero los hijos de «Chavicos» nunca se desligaron de la tierra y cuando atravesaban las hazas con el tren se les iban los ojos detrás de las cepas y en cuanto lo dejaron se fueron al campo otra vez y lo mismo la hija; por eso los nietos ninguno fueron a la

ninina de la Estación y Ricardo resultó un gañán de cuerpo entero, del gremio del terron, decía él, con su campechanía, orgulloso de su trabajo y sintiendo su adulteración: «El gremio se va echando a perder, se le oía algunas veces; los peones van en «bici» y le dicen a la mujer que los espere a comer; los gañanes salen a arar con gafas de sol y gabardina y la grama va a llegar la Plaza sin haber quien la quite». El, se iba para todo el día y se hacía su guisejo, aunque se echara la siesta, porque ha de haber tiempo para todo.

Una vez le echó su madre unas alforjas nuevas y una merendera de aluminio a estreno.



a de Ricardo Valle

E "CHAVICOS"

El, pensó que todo iría en relación y no pudo aguantar la impaciencia. Al llegar a la Altomira fué a echar un bocado, encontrándose unos pimientos fritos en la merendera y se volvió a su casa. Al verlo entrar le preguntó su madre:

—¿Te pasa algo, hijo mío?

¡No, madre, no; no me pasa «na»; es que al abrir la merendera y ver los pimientos fritos me han temblado los pulsos, porque ésto no es para ir a trabajar y vengo a que me lo arreglen porque ya sabe usted que cuando tuve la debilidad del espinazo, no me lo quitaron más que las inyecciones de Cayetano, y a eso vengo.

Y la Vicenta reforzó la merendera con tasajos de Cayetano, y Ricardo hizo un barbecho de los de época, porque la botija la había llenado en el charco de la tinaja, que es su lugar propio donde no hacen piso

los cacharros y está la yema, haciendo ese glo, glo, glo, glo... glo... glo! que se le metió a Tejado en el sentido y lo sacaba desde dentro en cuanto mentaba a Ricardo.

Tenía una viña en el Charcón, que le puso su padre para que fuera haciendo su caudal, porque era muy trabajador y «ataor». Su madre decía que ataba más que una segadora, cuando empezaron a estilarse esos bichos. No gastaba una perrilla por nada del mundo. A la viña del Charcón, la quería con su alma entera, como quería a las mulas, con las que se erió, porque a los 14 años ya iba solo con una yunta a Marañón, como un rey, porque al

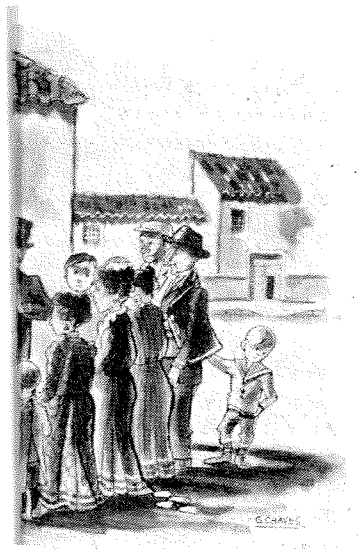
coger los ramales le parecía que llevaba las riendas del mundo, lo mismo que cuando echaba el anca a la rueda y levataba a pulso el carro.

¡Qué sano y qué puro tenía el corazón!

Su habla recia, lenta y honda, como hecha de reflexión y de llaneza, denotaba su firmeza terca, como las mulas que manejaba, pero como ellas, bien llevado, era una malva. Todo un moñigón que hubiera necesitado una gañana de cimientos para perpetuar su raza ejemplar, una gañana de esas que saben, por vivirlas, las fatigas del hombre y están siempre al cielo, de las que oyen su carro desde las Abuzaeras y abren la portada a tiempo para que el hombre no tenga que apearse antes de entrar, de las que se ponen la chaqueta del hombre para tenérsela caliente y que no le dé frío al quitarse la ropa de la tierra, de las que ayudan a desuncir y a dar agua antes de encerrar las bestias y les tienen con tiempo el pienso en el pesebre y a él la ensalada de habichuelas caliente, para que se reconforte de la brega del día. Lo que se dice una costilla propia, de verdad, pero como eso se veía poco, él, antes de ahorcarse en el primer árbol, prefirió estar de mula sola y metido en el chalaneo con condiciones que asombraron a la gente, como su cante flamenco que dejó «para o a to» el mundo y como los puñetazos sobre la mesa, que resquebrajaban el tablero.

—¡Qué hombre más natural, hijos míos!, continuaba la hermana Casimira, qué recio era todo en aquellos tiempos antiguos de donde venía este hombre, las palabras firmes, los actos conformes, las intenciones limpias, el afán duro y el mérito relevante, de cumplidores de aquello de «Ganarás el pan con el sudor de tu frente».

Y los que la escuchaban se quedaban perplejos, con los ojos y la boca abiertos viendo los gestos de admiración de la abuela Casimira, recordando lo que ya no se veía por el mundo de sus días.



—Aquel hermano, Ricardo Valle, recogía sus cosechas, dice le hermana Casimira.

— Señal de que sembraba, responde la abuela Salustiana.

Porque en Alcázar no hubo minas, pero sí canteras y vetas en el terreno. La piedra de las Abuzarras, la de Vallejo, la del Cerro, Las canteras del yeso y las de la cal. Como en la tierra de cultivo

había mucho gredizo y picante, pero había calares y unas suertes muy ricas.

Y esas eran las que hacían.

Lo mismo que en el lugar.

Había una suerte de personas que encarnaban en su rudeza y bastedad las más puras virtudes de la raza y las cualidades íntegras de la hombría; firmeza, esfuerzo sostenido, generoso pro-



ceder y confianza en el pellejo, hijas todas de una equilibrada herencia constitucional y de una saludable iniciación en el trabajo desde el principio de la vida. Y el hermano Ricardo aquel, era de esos apelmazados, como la tierra húmeda y caliente, que hace de brotar a la semilla y sostiene la planta y como la miga del pan que alimenta a la humanidad.

Lo retrataron un día en la bodega de Santa Elena saliendo de descargar uvas y otra vez en la casa de su era, llenándola de paja.

Aró hondo y echó basura, que es la verdad de la agricultura y por eso cosechaba, porque a la tierra, como a la vida, no se la puede engañar y por eso lo retrataron así, en la verdad de lo que era, en la verdad que necesitaba el Mundo.





OTRAS vistas de mucho atractivo eran las rendijas y agujerillos de los tinglados de los títeres, especialmente los que daban a los rincones donde se vestían los artistas o directamente a la pista de actuación.

¡Qué aspavientos, los de los chicos, por cualquier detalle! ¡Y qué berridos los de algunos mayores, que se acercaban diciendo:

—¡Quita, chico, no vos asomeis por ahí! Y los separaban, para asomarse ellos. Las manifestaciones estentóreas alcanzaban el momento culminante con las trapeceistas, con las caballistas y, sobre todo, con las que andaban por el alambre, ejercicio cuya incertidumbre e inseguridad capta más el ánimo del espectador y pone de relieve el fuerte tono muscular de las piernas, sometidas a largo entrenamiento.

—¡Arrialé ahí, moñigona!

Y la equilibrista seguía balanceándose y haciendo piruetas al son de la charanga, complacida del enardecimiento que despertaba en los espectadores y que se traducía en frenético arrebato al saltar a tierra y saludar al público.

—¡Qué, mujer! ¿Eh, Perico?!

—¡Na! ¡Mía que no se aguanta uno tan aínas!

—Como dice D. José, el de Las Labores.

«Caballo que a treinta pasos,
ve a la yegua y no relincha,
ese caballo está malo
o es que le aprieta la cincha».

Y tú, amigo Pedro, llevas de siempre el buche suelto, para honor tuyo.

El Pozo Coronado y todo aquello



ESTE barrio viejo, al que la renovación apresurada ha quitado todo sello de antigüedad, está hecho por los pastores, de ir con el ganado cogiendo las largas del arroyo y hacerse la casa donde tuvieron el aprisco, señalando las entradas y salidas a porra de garrota, con las vueltas y revueltas convenientes al entretenimiento de las ovejas y cerca del abrevadero.

La cinta del alarife, favorecida por la piqueta, ha ido quitando carácter a la distribución, pero todavía se ve que las calles fueron las lindes de los cornijales que arrancaban de la Mina, como las varillas de un abanico: Virgen, Cruces, Pascuala, Mina, la trasera de San Francisco o calle del Pozo Coronado, etc. y luego, en lo ancho, cada uno se arreglaba como podía, haciéndose la choza y el corrido

que necesitaba, en relación inmediata con los ejidos del lugar.

Es natural que en el Pozo hubiera anchuras y ahí está su Placeta, donde desembocan los Alterones, por la casa de Leoncio el de la maquinilla, enfrente de la vieja del tío «Pití», donde sale también la calle de Fray Patricio Panadero y la del «Arriero Pobre», por la casa de «Garulla», hasta la de Tomás «Caguín», en la esquina de la calle de las Almirces. ¡Qué nombres tan alcazareños! ¡Qué gran anchurón le dejaron al Pozo los que lo usaban! ¿Verdad que son espléndidas estas vistas?

De ahí arranca la Carrasola hacia el campo libre, torciéndose, porque, naturalmente, el pastor tiene que apartarse y esparramarse para no dejarse nada atrás, y la calle resultó quebrada aun-

que espaciosa y alegre, una de las mejores del pueblo. ¡La Carrasola, espléndido carasol o solana, lugar pedregoso, áspero, seco, lleno de calmillos y azotado por el sol abrasador, única orientación a la que el Convento no dió umbral.

En su frente resultó ese hermoso chaflán que es la casa de Juan de Dios el de la «Patatera», al sol de medio día, aislada y única, que se conserva en su primitiva y sencilla traza, sirviendo de cabecera a esta gran calle, en la que toda-

vía huele a chirle, a choto y a migas pastoriles, y el ruido de las cencerrillas produce, de noche, la sensación de caminar entre rediles.

Esa portada de Anacleto, a continuación de la del «Pití», frente a «Tronchabancas» y la esquina de la Cruz del Tolmo, da solemnidad a la vista, cuyos confines se perciben lejísimos por el recodo que inicia la tienda de la Higinia frente a la esquina de Juan «Tello», el de las garrotas y la portada del «Galgo».





La Cruz del

HERMOSO nombre de este barrio, afortunado en sustantivos propios, eufónicos y naturales, como el Altozano, los Alterrones, el Pozo Coronado, la Carrasola, la Torrecilla, la Mina...

Su insignificancia, su apartamiento, su extrema pobreza, lo han puesto a salvo de la tentación de los cambios desoladores que vienen reinando en el lugar.

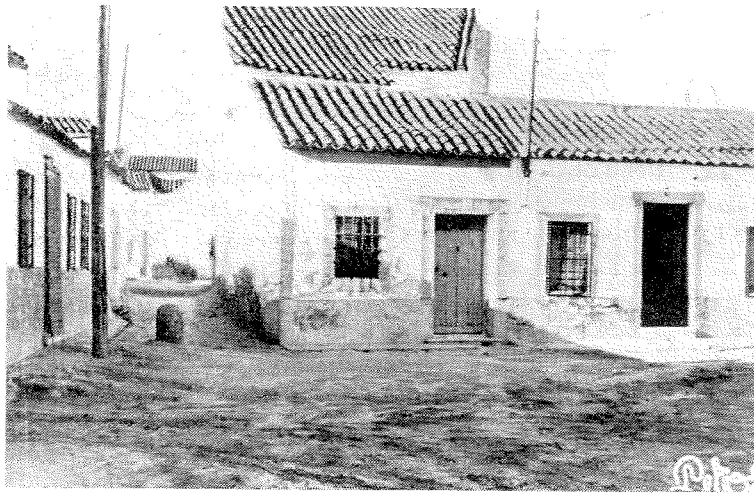
El Tolmo—Tumulus,—la pedriza elevada, a la que se sube desde la Mina, que contribuye a formar.

La Cruz o el cruce del Tolmo a cuyo pie está, naturalmente, una de las grandes corrientes de las aguas del pueblo, esa corriente que va por la Mina y por la calle de San Francisco, bordeando el Altozano, la gran masa de arenisca en que se asienta este barrio, que es la mitad del pueblo antiguo, adulterado en su estructura y en su denominación, por mentes ligeras, carentes de sentido tradicional y de la prudencia que pudiera hacer respetable la ignorancia, al verla contenida en un «noli metangere» salvador.

Estas plazas, pobladas de corralizas, con diversas rinconadas impuestas por



Tolmo



las servidumbres, son los anchurones que la necesidad de los vecinos obligó a dejar baldíos para utilizarlos en común, comunicados por callejones que fueron carriles antes, hechos por las largas de los cibantos y vertientes.

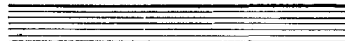
Todavía, más que plazas parecen corralones rodeados de dependencias dentro de una misma casa; incluso la soledad les quita todo matiz de vía pública.

Esta primera vista impresiona por la gran portada, recrecida con la «tiná» de los sarmientos. Es solemne al pie de la piquera, que se ve por encima de las gavillas. Se trata de la portada de «Garulla».

Al fondo, en un segundo plano y dando vistas a las Almireces, la casa de la Hilaria la «Mancona», la del «Patato».

A la izquierda, la casa solitaria de «Potrilla» y enfrente, la de Daniel el de «Púa». La segunda vista nos ofrece dos casas bajillas, la de la Pura la «Calavera», en la esquina y de la Antonia del «Puro», a continuación, y el callejón de las «Cominas», ahora con un hito redondo de los de antiguamente.

¡Es impresionante la soledad de esta Plaza de la Cruz del Tolmo!



Placeta de las Almireces

LA de las Almireces, en cambio, tiene otro aire, otra alegría, otra luminosidad, empezando por el nombre que suena a repique



y a fiesta. Por algo viviría allí y de algo serviría que la habitara también el «Ciego el Colgandero», el más popular maestro de guitarra que ha tenido Alcázar y el que a más gente ha enseñado. Su casa era esa encamada del rincón y su portaílla esa que tiene la albardilla cubierta de sarmientos. Detrás se ve el chimeneón de Primitivo.

En la portaílla del centro, antes de llegar al rincón del ciego, más acá de la esquini-lla de la Inocenta de «Tola», vivía un hombre céle-

bre: Pedro Godoño, que desde joven tuvo rasgos de hidalguía. Se le reconoce el arrojito de ir a apagar un polvorín que ardía, con lo que evitó una catástrofe. En recompensa le dijeron que pidiera lo que quisiera y él contestó que no quería dinero ni ninguna cosa, que lo que quería era, que le dieran el Don. Y desde entonces le decían Don Elías, porque ese era su nombre de inscripción, aunque se le conocía por Pedro.

Este rasgo y la hazaña que tanto enaltecen a Godoño, es uno de los matices, de fondo quijotesco, de la psicología alcazareña, que se ma-

nifiesta a menudo por cualquier motivo y que debe parangonarse con lo que luego se dice de la leche mala, de la envidia y de la tiña, etc. y váyase lo uno por lo otro.





La Mina

¡Q UE grata impresión produce esta vista de la Mina, de casas tan pobres y tan limpias!

¡Qué bien hacen los árboles a lo largo del arroyo, seco como siempre que no llueve! El puente para cruzar desde la travesía, con un par de viejos tomando el sol y en medio de tanta humildad, el chimeneón altísimo de Primitivo, demostrando que no es imposible ni estorba la pobreza para elevarse hacia el cielo. El se elevó y se extendió mucho y no le perdió la querencia al barrio de la Mina, del que hizo matriz de su negocio.

Estas viviendas sencillas pero suficientes para la familia, que no permiten la concentración y el hacinamiento, mantienen en la calle un ambiente de sosiego y tranquilidad muy semejante al que reinaba antes en toda la villa, cuando con cualquier tamaño que tuviera la casa, no lo ocupaba más que un vecino y si había que mudarse se «buscaba casa», no cuarto, vivienda o piso, en edificio ocupado por otras familias al mismo tiempo.

¡Qué atractivas resultan estas casejas, tan enjalbegadas, tan cómodas y confortables en su sencillez e insignificancia! ¡El mismo piso, de tierra sentada, resulta suave, cómodo y limpio en estos rincones de poco tránsito, llenos de hechizos!

Los Alterones

CALLEJUELA o calle de portadas predominantemente, a donde salían las más importantes casas de la calle Almagueta y que servía de atajo para salir a los descampados del Pozo Coronado. Es uno de los rincones más típicos del lugar, de varia fisonomía, según el punto en que se le considere.

Desde el Altozano, como continuación de la bajada frontera de la calle del Verbo una vez pasado el arroyo de la calle de San Francisco había una pequeña rampa de piedra nativa, donde están sentadas las casas de la izquierda y tenían el horno las Timbulinas y Chamorro la zapatería. Formaban estas

casas un recodo muy atractivo para los estacionamientos porque amparaba del aire, dando frente a la calle Almagueta y al filo de esas casas se subían los alterones de piedra viva que eran muchos o irregulares, hasta llegar a la carpintería de Navarro. Era la continuación del gran manto de piedra arenisca que forma el Altozano y aflora a diferentes alturas en los Alterones, calles del Cautivo y Almagueta, Pozo Coronado y Placeta de la Justa, hasta formar la Torre-cilla y llegar a la Puerta Corvera, donde se va extinguiendo poco a poco.

Una vez subida esa primera parte que, sin serlo, resultaba una verdadera escalinata, se ensanchaba la calle y formaba una depresión a la altura de las portadas de Casimiro el «Jabonero», de Quintanilla y de la Simona, hasta llegar a las hitas de la casa del tío «Pití», porque las elevaciones se acumulaban todas hacia la acera de Navarro. Se hace

imprescindible aquí hablar en pretérito porque por estos andurriales han hecho los adelantos más progresos de los convenientes y los adelantados, que nunca faltan, se han despachado a su gusto, alisando y uniformando lo que tenía traje propio y castizo y nombres insustituibles, expresivos y naturales, salidos del alma alcazareña espontáneamente, El Altozano se llamará siempre así porque lo es, sin más ni menos razón que esa y a pesar de su empiedro y lo mismo los Alterones, porque lo son también o



porque lo fueron y nada más digno de recuerdo que la memoria de lo típico que no se tuvo el acierto de conservar y embellecer propiamente.

¿Por qué será que los nombres más típicamente alcazareños son los que menos dificultad han ofrecido para cambiarlos por otros? Nada decían a sus manipuladores; se les mostraron mudos y ellos ajenos al palpitar hondo de la Villa.

En ninguna ocasión se ha oído una voz—salvo las muy espaciadas del «Cardaor» y Don Magdaleno en defensa de la tradición local, como si no importara, ni se sintiera, ni se comprendiera.

Las esquinas del pueblo están llenas de nombres que revelan la falta de interés y la insensibilidad que han reinado en los acuerdos de rotulación en todo lo que va de siglo. Y los Alterones no podían librarse de los mandobles de la estulticia, empeñada a menudo en hacer algo, cualquier cosa, aunque sea arran-

carle raíces, sin ton ni son, al árbol de la propia existencia.

Sobre las peñas del Altozano que contenían las aguas corrientes, se hizo el Santuario. A su alrededor, los riscos le daban firmeza, altura, esbeltez y el Templo, cimero, protección a los que se aposentaban cerca, que eran los pastores y ellos fueron los que hicieron el sendero

de los Alterones, entre breñas, escalando la pedriza para subir al pozo que había que «coronar» y se coronaba para dar agua al ganado que entraba por allí, apostándose en las caídas, que fueron luego y siguen siendo, casejas solaneras, como la de «Chamorro», donde se adivina al pastor patriarca, de blancas guedejas, escardillando la lana y oreándola.

Placeta de la Justa

DENTRO de lo anchuroso de la demarcación y de la modernidad de las casas, se aprecia claramente la irregularidad característica de los trazados antiguos, manifiesta hasta en la franca comunicación de la Placeta de la Justa con la del Pozo Coronado,

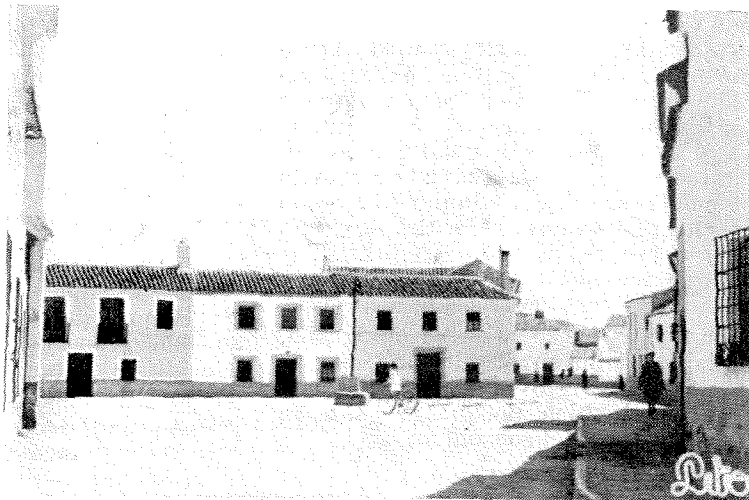
Tales irregularidades están llenas de buen sentido y no pueden juzgarse a la ligera ni fiados solamente en el bien parecer, según el gusto momentáneo del que mire. Y para comprender la utilidad de aquellos trazados no hay más que pasar por este paraje, que es, entre los antiguos, de los

más desamparados por su amplitud, en una siesta de solano o en un día de cierzo cualquiera y pronto se aliviará el paso para doblar una esquina o protegerse con la desviación de una pared.

Esta Placeta de la Justa, construida como la del Pozo Coronado y los Alterones en lo más elevado del Altozano, se ha mantenido siempre aseada por la naturaleza de su propio piso y como las casas son casi todas nuevas, al entrar en ella, se recibe la sensación de cuidado.

La casa de enfrente es la de «Carabi-

na» el del aceite y la medianera la de «Cobete», el hermano de su mujer. Aquí, a la derecha, por donde viene esa mujer, vivía el «Perrete». La nombradía de Francisco le hizo mella al nombre de la Placeta, que empezó a conocerse por la Placeta del «Perrete», y así se le llama. Para que se vea la influencia recíproca de las personas y las cosas y la sencillez y naturalidad con que los pueblos cambian poco a poco



los nombres sin alteración y con arraigo efectivo. Y no estaba mal darle a la calle el nombre del apodo de Francisco. Darle en cambio el nombre de Francisco Muñoz, cosa que pudo hacer él si hubiera querido, sería vano, sin propiedad ni carácter, casi ridículo, como lo sería si se llamara de la Justa Sánchez. En cambio, de la Justa a secas, que fué única, ya se comprende, para el vecindario de su tiempo, es un nombre excelente y típico del lugar, como lo sería la del «Perrete». Por eso cuajaron de primera uno

y otro nombre, como cuajarían todos los del pueblo si se dejara a la gente y se le dieran mimbres y tiempo.

Tiene la Placeta figura rectangular y abiertos los ángulos de la hipotenusa; el del Poniente para comunicarse con la del Mediodía por la esquina del «Cadáver» y el opuesto para unirse al Pozo por la casa de Gude y junto a ella, por donde tenía el horno la hermana Anselma y la casa de Comino, se abre otra comunicación para ir a la Plaza de la Bolsa. En mitad de la hipotenusa, más acá del «Perrete», tenía el horno el Moreno de «Sotero», más tieso que un ajo.

Esto de la hipotenusa se ha colado aquí de rondón, con harta propiedad y sabor alcazareño, surgido al ponerme en la esquina del «Cadáver» y ver a Heliodoro en la Torrecilla con el metro en el bolsillo de la chaqueta. Las circunstancias del «Perrete», muy nuestras igualmente, las muy notables y características de Heliodoro y las mías mismas, dicho sea en honor de la verdad, hacen que ese tecnicismo deba quedar ahí, por lo ajustado que resulta, como si Heliodoro le hubiera aplicado su incomparable escofina. Y ahí lo dejo. Todo puede ser que a «Sotero» no le entre, aunque ya se figurará que es igual que lo del molino de las «Santanillas»: por un lado el suelo, por otro el molino y el palo que los une, alargado o estirado, como pone él la masa para hacer resacas, sería eso que decimos Heliodoro y yo y que diría también el «Perrete» si nos oyera.

La farola que se ve en la fotografía, es la que había en el Altozano, que la cambió el «Perrete» el año 31, cosa que se recuerda bien porque la gente le puso enseguida el sonsonete:

En el año treinta y uno
pusieron esta farola,
para sentarse los viejos
y los novios con las novias.

La casa del «Perrete» fué antes de «Mascahigos» y la de más allá es la de la «Cucala», donde vivió la tía «Antoñona», célebre partera, ya citada en otra ocasión, grande por su tamaño de cuerpo y de alma y que estaba casada con aquel minúsculo Pablo Castillo, que le daba para el pelo un día sí y otro también y cuando la gente extrañada le decía que cómo se dejaba pegar de aquel muñeco, ella decía muy orgullosa:

—«¡Es que vosotras no sabeis lo que es el rigor de un hombre!»

Siempre andaban a la greña, casándose y descasándose, pero él cedía pronto porque iba a gusto en el machito, dándose la gran vida con los apaños de la tía Antoñona. Cada vez que se armaba la pelotera repartían el ajuar y una vez se encendió la hoguera más de la cuenta porque se empeñaron los dos en llevarse el mismo colchón y ella no soltaba, por lo que salió con un dedo cortado, pero se llevó el colchón como quería, porque tenía en él escondidos los dineros.

Cuando la Placeta estaba de su monte, trillaba allí su cosecha «Poca Pluma», —Maximino Meco,—hijo de José y de Maximina, que también harían allí sus agostos.

José era el tío «Gurí», renombrado por su afán de enseñar a los borricos a no comer.

El utilizar como eras los parajes pedregosos, llamados tolmos, no era invención de ellos, pues se hace en muchos pueblos.

«Gurí» se manejaba con su pareja de borricos. Los dos rucios, pero la borrica más clara. Se llamaba «Voluntaria» y el borrico «Recogido».

José era algo menos que terciado. Por las mañanas llevaba gorro y por las tardes sombrero, encima del gorro, para que no se le enfriara el «cocote», tan caldeado por aquellas ideas extraordinarias como la de enseñar a los borricos a no comer, con lo que aparte de morir, le originaban durante su vida situaciones extrañas.

Una vez estaba arando en el cerro de San Antón y como los animales no podían, cuando había que subir llevaba él el arado al hombro y no se lo colocaba a los borricos más que cuando iban cuesta abajo.

Le preguntó uno que pasaba ¿que por qué hacía eso? y él no atascó:

—Es que yo no aro más que hacia abajo, porque entra más la reja y doy más labor.

Y los borricos célebres de «Gurí» siguieron tirando dócilmente, mientras pudieron, de la deslumbrante imaginación de José, que siempre resaltaba, porque otra vez llegó a la era de su hermano Pablo,—rechonchete este, por lo

que le decían «Don Joaquín», como a «Gurí» le decían «Don Moisés», por ser más lácio—y le reconvinó en estos términos:

—¡Decías que no cogías «ná» este año y hay que ver lo que tienes ahí!... Y lo quo había cogido, lo tenía debajo de la trilla.

Calle de la Paloma

CON esta forma de *asa* que se aprecia en la fotografía, arranca la calle de la Paloma de la Placeta de Almendros, en las Piedras de Zamora, mostrándonos todavía, además de su forma atractiva, dos detalles que la caracterizan: la casa pequeñeja de la panza de la calle, en la que no se ven cibantos y la del portón de la izquierda, con su gran lienzo de fachada y los dos ventanillos de arriba que, por lo diminutos, le hacen parecer más grande todavía. A continuación la casa de Eugenio el «Moralo», tantas veces recordado en esta publicación.



Como esta primera, pero más encorvada, tenía la de Eugenio, ya transformada, la misma traza que tenía él; macieez, sencillez, naturalidad, fidelidad a su origen; pero el portón abierto cuando estaba él dentro, para la franca comunicación a todas horas. Era mozo viejo y vivió siempre solo como un ermitaño, repartiendo el tiempo en meditaciones y en cavar el huerto. Recio y fuerte, saludable, muy despejado, dado a la lectura, inalterable, tenía el aire de los filósofos estóicos, con sus pantalones de pana, de mandil, sus alpargates grandes, la blusa azul y el gorro manchego para cubrir su brillante calva, sobresaliéndole de las sienas dos mechones de canas. Sentado en un serijo junto al fuego, haciendo sogueo mientras cocía el puchero y repasando imaginativamente el mapa

del mundo que tenía enfrente, se parecía a Diógenes en su tonel, sin más apetencia que la de que no le quitaran el sol, porque realmente no necesitaba nada más que lo que la naturaleza le daba de balde y él usaba con toda calma: el tiempo, la lluvia, el Sol, la Luna, la Tierra, el Aire, su fortaleza física y su equilibrada mente, todo lo cual no le podía quitar nadie y le bastaba para vivir en paz. Gran hombre, Euge-

nio y excelente ejemplar de raza. Los ventanucos junto al tejado, parecen sus ojillos altos que se asoman calmosamente a ver cómo pinta el día, por mera curiosidad, no porque necesite saberlo para nada, pues esté como esté, estará siempre bueno el tiempo para él.

En las prisas del verano recogía su mies y se la llevaba a la cámara y luego, cuando los demás preparaban para vendimiar, la sacaba y la trillaba despacio. Entonces eran muy seguras y precoces las lluvias del otoño, pero él no se equivocaba, y los otros decían al verlo, «vámonos a vendimiar tranquilos, que no lloverá, porque ha sacado la mies Eugenio».

La calle es de las de siempre, y salía al campo derecha, cuando no había nada construido detrás.

Corre del Cid

CUALQUIERA que se tropiece con este nombre, empieza a mirar ansiosamente alrededor buscando algo grande que lo justifique, pero aquí sabemos que no hay nada que mirar y sí mucho que sentir. Además de la Torre del Cid, sin Cid y sin Torre, pura imaginación qui-jotesca, está la Torrecilla, enfrente del Ciego, y su casa, la casa de la Torrecilla que era la de orilla del tío Juan Pedro Pérez-Pastor y Quintanilla, mi abuelo, a linde de la del tío Joaquín Vela.

La gente alcazareña que anda por el mundo y asimila lo que ve, siente enseguida deseos de traer a su pueblo lo que le gusta de cada sitio para ponerlo en su casa vieja y como son tantos los desparramados, han dado fin con todo lo antiguo nuestro y han convertido el pueblo en un juego de alfarería barata, pero esta mezcla de estilos, gustos y caprichos, representan un amor tan grande de los alcazareños a su pueblo, que hasta se les puede conceder y aplaudir de todas maneras, su derecho al cambio, ya que la percepción de otros estilos y costumbres, sirvieron para exaltar su recuerdo del pueblo, el amor a su tierra y el afán de ponerla como aquella que complacía su vista y en cuanto pudieron llevaron a cabo su propósito entregando a su pueblo el fruto de sus sacrificios. ¿Qué más se puede pedir?

Hablar del pueblo con los alcazareños fuera de Alcázar, es algo que conmueve y mucho más el contraste frecuente de estar hablando mal con el más hondo sentimiento de adhesión a la tierra madre, sin poderlo remediar.

Pues bien, en esta imaginaria Torre del Cid, en su misma esquina de entra-

da, se dió uno de los casos más importantes de importación arquitectónica y de amor a su pueblo, por uno de los Lizanos, que hizo esa casa de estilo andaluz que se ha cogido de rellón en la fotografía. A continuación se ha hecho otra, después, y ambas han iniciado en la calle un cambio de fisonomía sin perder todavía el carácter de lo propio.

La fotografía que se publica, está un poco de lado, por el deseo de que figu-



rara en ella el hombre más popular del barrio en el tiempo que corre; el ciego del estanco, a pesar de lo que ha cambiado la casa, perdiendo su aire de santa antigüedad.

Se llama Virginio Zarco Alcañiz, tiene 72 años, se quedó ciego a los tres de edad y se ha manejado siempre con tanta agilidad que no ha necesitado a nadie en el despacho del estanco.

En su juventud iba a tocar a las bodas con el ciego el «Colgandero», famoso maestro de guitarra que vivió en la Cruz del Tolmo—Alfonso Quintanilla García—sobrino de «Tachuela» y de Manuel Quintanilla, el barbero del Paseo.

Alegraron las bodas durante 20 años. Se entendían bien con las guisanderas; la Quiteria, la «Golilala», la Isidra y la Vicenta la «Chandona», y se metían en las cocinas a llenar la andorga. Solían tocar desde media tarde hasta media noche y les daban cinco o seis pesetas para los dos. Virginio tocaba la guitarra y el violín. Fué casinista durante mucho

tiempo, con gran afición al juego del dominó, que ejecutaba diestramente.

En esta calle ocurrió un suceso memorable: vivía allí la Matea, la lavandera que iba por las casas ganando una peseta.

El primer camión que vino al pueblo pasó por su casa y al verlo empezó a llamar a las vecinas, diciendo: ¡Chicas!, ¡Chicas!, que se ha escapao un vagón de la estación!. ¡Venir!, ¡venir!, ¡venir!

Calle de San Juan

ESTA es una de las calles alcazareñas en que menos estragos ha causado el modernismo.

Aunque no es la calle de San Juan de antes, no hay cambios en su alineación irregular, ni casas demasiado ostentosas, conservándose en cambio muchas de las primitivas, sobre todo de este sector, desde la esquina del «Jarillo» hasta el primer trozo de la del Salitre, que aquí parece su continuación.

Esta calle, a pesar de ser la principal de un barrio grande, por las variadas comunicaciones de las circundantes, conserva el matiz del silencio y la resonancia de sus ruidos, en virtud de los cuales, los vecinos, desde la cama,

al pie de las ventanas, saben quién cruza y quiénes faltan por cruzar, los que se adelantan o se atrasan y cuáles puertas son las que crujen en cada momento.

No se cuenta nunca con el paso de personas extrañas y si por acaso lo hace alguna, aunque sea el Médico, en el acto se hacen todas las conjeturas probables, hasta llegar a la conclusión exacta del fundamento de todo.

Los sucesos de la calle giran alrededor de los vecinos, los de broma o los de gresca y cuando en el verano se salen a las puertas, siempre hay alguno más partido que inicia la aproxima-

ción y echa pelillos a la mar. Aquí, «Cagalera» solía salir con el tiple y embromaba a las mozas, promoviendo el baile y el «Bolo» se presentaba en calzones blancos y lo disolvía, con grandes risas y algazara.

De vecindad más bien escasa, de familias poco numerosas y muy alcazareñas, por lo mismo de haber entrado y salido mucho casi todos, tiene la calle cierto tono de serena elevación.

El retrato está hecho en la primavera,



sin frío ni calor y con abundante sol; sin embargo, la calle está solitaria, como corresponde. No se ve un alma.

Los tejados rehundidos y las paredes vencidas de las casas primeras, lo que no impide su encalamiento y limpieza, dan a la calle un aire de cuidada ancianidad, sumamente atractivo, de corro de viejas aseadas que cuentan «historias verdaderas» de tiempos que se pierden en la oscuridad de los siglos. Y esa imagen borrosa del chafán del «Jarillo», junto al tejado, que nadie alcanza a ver bien ni distingue, deja en el ánimo del observador un melancólico pesar de penas y sufrimientos acaecidos en tiempos

remotísimos, sin más amparo ni consuelo que el del Cielo. Pero aquello, fuere lo que fuere, pasaría como pasa todo y la calle aparece muy requetebien enjalbegada, conservando íntegra la tradición de no escatimar la cal.

Escuchando bien, todavía se oírían por allí, aunque lejanas, las notas del tiple de Joaquín y las risas de Mariano el «Bolo» y de la Francisca, su mujer, que como no tenían hijos festejaban a los de los demás y eran de los que llevaban a las mozas a «Valcargao» en las noches veraniegas a hacer agua de limón fresquita, esperando a que manara el pozo para que se llenara el bote, con aquel chorrillo que yo oí varias veces, escuchando desde el brocal, porque a veces parecía que se paraba.

El «Bolo», fué un muletero de fama y le llevaban las mulas que se compraban, para que viera si tenían alguna falta antes de cerrar el trato, cosa que descubriría al primer golpe de vista.

El perfil un tanto severo de la calle no impidió que penetrara la zumba al-

cazareña que lo invade todo, aderezando con rasgos de buen humor los momentos de apuro o necesidad.

La Leocadia, aquella que echaba asientos y hacía pleita, que vivió en la casa de la tía Salustiana Vela, estaba haciendo un pisto de calabacín y se quejaba a la vecina de la mucha pringue que soltaba el calabacín.

La vecina, que tenía su correa, le dijo: —Pues echa picatostes en lo que suelta.

Otro día, se pinchaba haciendo pleita y le pidió a la vecina un guante de los que tenía el hombre para arar.

Entró dos dedos en un dedil y al poco rato salió a decirle que no encontraba el otro dedo.

La vecina le dijo: Eso es que lo has perdido.

En esta calle hay una de las casas más antiguas y típicas del pueblo: la de Racionero. Miedo da pensar lo que le espere.

Placeta de Palacio

En ningún sitio como en este se imponía una misión tutelar, generosa, para orientar las construccio-

DENTRO de la modernidad que acusan los arbolillos, de ese emperifollado retoño versallesco del frente, de las bicicletas y del ropaje de los cuatro gatos que cruzaban la calle cuando «Pitos» se personó en ella, como diría el gran amigo Heliodoro, este rinconcillo del antiguo Alcázar todavía exhala suficiente tufo de arcaísmo para neutralizar el viento fresco que le llega, incluso de las casejas de la derecha, construídas ya con otro aire, no obstante su pequeñez y aparente igualdad con las primitivas, que vemos al pie del Torreón.



nes y, de haberla ejercido, Alcázar contaría hoy con un barrio clásico, de ambiente propio, que nos recordara a todos el paso de nuestros antecesores. ¡Y menos mal que se conserva el nombre, tan significativo, de Placeta de Palacio!

Antes, la gente suprimía en la conversación lo de Placeta y solo se hablaba de ir, de vivir o de haber estado en Palacio: ¡crúzamos por Palacio y fuimos a la Balsa!

¡Qué poca fortuna han tenido en Alcázar las cosas antiguas!

¿Será verdad que somos descastados?

Calle de Santa María

CON los cambios de los tiempos y de los gustos, esta vía, verdadero cordón umbilical del barrio viejo con la Plaza, ha perdido su carácter, que era lo esencial de su vida, su fisonomía y, ya se sabe, que la cara es el espejo del alma. ¡Qué necesaria hubiera sido la mediación técnica, artística, desinteresada y conservadora de las cualidades básicas y tradicionales del lugar, cada vez que se intentó reformar estas casas!. ¡Y cuánta ventaja se podía haber logrado de las reformas con esa tutela!

Viendo esta fotografía se queda uno absorto e indeciso, sin saber qué decirle a esta calle tan sugestiva, tan seductora, tan típica, que, como tentada por el demonio, le ha dado por despojarse de sus mejores prendas y emperregilarse a la última moda, quitándose las arrugas, tiñéndose las canas y empayasándose el rostro, como cualquier vampiresa de la pantalla. ¿Habrá perdido el juicio, la pobre?. ¿No comprenderá que eso es lo más opuesto a la belleza y que no le cuadra?. ¡Cuánto honor hubiera recibido ella y dado al lugar con mantener su ancianidad dignamente, en lo natural y con llaneza, aseada hasta la pulcritud, pero con su indumentaria propia, la que estaba acostumbrada a llevar y lucir y le corresponde por su situación!

Siempre es de mal efecto sacar los pies de las alforjas, pero, aquí, no es so-

lo que desentona, es que despersonaliza y anula. Es lo que va de ser única en el pueblo a ser una de tantas; lo que va de ser un valor intangible, motivo de orgullo y gala para el pueblo, su carta de naturaleza que se exhibe con satisfacción ante los extraños, a ser una vulgar callecilla cualquiera, sin sello propio, que puede llamarse como se quiera, por



no haber en ella nada con fuerza de tradición que contenga el desafuero inconsciente. Esa es la diferencia: ser o no ser. Y en Alcázar, los criterios renovadores, sin freno ni guía, vienen haciendo tabla rasa de todo lo auténtico desde hace sesenta años, sin que quede nada que ver ni mostrar, acreditativo de nuestro patrimonio y de nuestra consecuencia con él.

Nuestro proceder en eso es de un exceptismo glacial. Estamos aquí como las tobas. Al cabo de la Canícula nos secaremos y, en paz. Antes no hubo nada y detrás cuatro pajas secas y pinchudas, que se llevará el solano de la madrugada.

Calle del Salitre

CALLE netamente alcazareña, de nombre popular, como lo sería la de las Aguas, sin que importe el hecho de existir en otros pueblos e incluso en Madrid en su entrada desde La Mancha, porque el salitre abunda en toda la región y se buscó por doquier, cuando se utilizaba para la pólvora, aunque no en todas partes hubiera una gran fábrica, como la hubo en Alcázar.

Aquello pasó, pero queda el recuerdo del hecho; el de las personas y el de las obras que realizaron, inolvidables para Alcázar muchas de ellas; queda el nombre de esta calle, plenamente justificado, muy propio, y queda el salitre mismo, naturalmente, mirando siempre los cimientos de la villa a pesar del cemento.

Es una calle proporcionada, curva como todas las de por allí, arcos de círculo que se entrecortan quitándose el aire. Del nacimiento de ésta sale una curva hacia la calle de «Santana», que por el extremo opuesto forma tres más, San José y las dos adyacentes. A las pocas casas, frente a la de Pablo Librado, sale la calle del Rubio, de concavidad antagónica, mirando al Poniente, mientras que la curva de la del Salitre mira a Santa María, al Saliente. Y, así, todas.

Las viviendas de esta calle son las propias de los trabajadores del campo, sencillas y adecuadas a sus necesidades y a las de su arte con los lunares de la tizne que se observan en todos los rincones de Alcázar, pues lo ferroviario simboliza por su predominio, todo lo que se aparta de la ganancia y no hay familia en la que no se haya infiltrado, si bien antes más que ahora. La gente, al

quitarse del trajín del campo, cambia poco a poco la fisonomía y la estructura de la vivienda, según su necesidad y comodidad, y en esta fotografía se ven algunas ventanas que son muestra de ello.

Sin embargo, la vida por allí, sigue siendo la de los barrios tranquilos, que permiten a las mujeres sentarse en las puertas a alcagüetear, mientras repasan sus ropas o se alucian.

Un sello distintivo de estas calles es el aseo. Los empiedros se hacen eternos en ellas, por el poco tráfico, en muchas limitado al de sus cuatro vecinos, y por el buen trato que reciben. Las mujeres



dejan los cantos bruñidos con la escoba, sin quitarles la tierra que les une, cuya cohesión favorecen con el riego a mano, chapoteando el agua del cubo. Y si levantan las bestias o los carros alguna piedra, las vecinas la colocan al barrer, la apisonan y riegan y sigue el piso intacto. ¿No ós habéis fijado en el aire que le dan a la escoba nuestras mujeres?. Porque merece la pena. En las puertas y corrales, como en los jaraíces, emplean las de cabezuela, bastas y pesadas que «abren» las muñecas de las muchachas flojillas, o bien las de mijo, más finas, aunque no tanto como las de cerrillo, de pajas largas, reservadas a las habitaciones. El rastro de las cocinas y el barrido del fuego se llevan a cabo con las escobas muy gastadas, llamadas escobones, verdaderos tocones a veces, de poco más que el «ataero», que se tienen

a mano en la parte afuera del fuego, en los rincones de la chimenea.

Es corriente que estas calles quedan barridas y regadas muy temprano, apenas se van los carros, y en los veranos es un placer cruzar por ellas a primera hora.

Hay en la fotografía un detalle, excepcional en los pueblos que han evolucionado tanto como Alcázar, hasta perder

todo matiz de arcaísmo: el del carro en la puerta, que contrasta con la vestimenta, corta y ceñida y las melenas foscas e incluso los cestos de las mujeres de la izquierda. Mas a pesar de todo, la calle tiene un ambiente gratísimo, muy alcazareño: mucha claridad, mucho sosiego, mucha limpieza y conformidad con lo humilde y sencillo, que mantienen de por vida la tranquilidad en las almas.

Calle del Rosario

DETRAS de Santa María, desde el rincón de arriba de su Placeta, hasta la calle del Salitre, está esta callecilla, especie de pasadizo para salir al campo por allí.

La proximidad de la Iglesia le dió siempre aire monacal, silenciosa y triste. Los juegos en ella son como cuando se retoza en la sacristía, que retumban las tablas del suelo y suena a hueco. Y

tante cruzará un monaguillo, que vaya o vuelva de la Parroquia. Parece que va a salir Eduardo, el Sacristán, con la sotanilla y la sobrepelliza puestas, de tomar un bocado entre dos entierros. Otros salieron antes; su hermano el fraile, su primo el del «Calvillo», el otro sacristán menor. . . Es la calle de los monaguillos, sin chicos, con esa alegría de los velatorios, por rebosamiento, de no poder aguantarse más, pero atenuada, disimulada, como en las sacristías, por la tiesura de la muerte y de los paños negros.

El templo la inunda de austera severidad, pero la calle es alegre, sugestiva, de las más atractivas del lugar, precisamente por su sencillez, por su naturalidad, por su relimpia pobreza e igualdad.

Si el arrinconamiento le da tenebrosidad, también le da abrigo largo. En el patio de Eduardo, el de la Tomasa la «Canija», entre «Malaco», frente a las del «Basto», hubo un naranjo muchos años y no se si seguirá, cosa



de hecho el espíritu sacristanesco es el suyo propio. Casi se pudiera decir que es una expansión de la sacristía.

A las cinco de la tarde, en plena primavera y sin ninguna preparación, se ha hecho esa fotografía. No cabe mayor soledad y al cruzarla suenan los pasos como a deshora de la noche. Se tiene la impresión de que en cualquier ins-

rara en nuestro clima. Ese patiejo está protegido del cierzo por el templo y abierto al sol del medio día y de la tarde todo el año.

Los chicos, sin embargo, Señor, se remangan, se quitan las vestiduras, huyen del silencio y se van a gritar a la Placeta, y desde la paz de la calle del Rosario se oyen sus voces lejanas, como des-

de la sacristía las voces angelicales de los coros de la Iglesia, a pesar del espíritu sacristanesco, receloso y astuto, que refunfuña siempre, hasta de las tra-

vesuras más inocentes, y la calle del Rosario seguirá silenciosa y sola, aún albergando entre sus paredes la inquietud retozona de todos los monaguillos.

Callejuela Cerrada

ESTA embelesante rincónada ha recibido en abundancia las paletadas de cemento en sus murallas, sin perder la línea de sencillez. Solo las casas del fondo se han librado de esos imperativos del tiempo. Y también el piso, que se conserva en su natural terrícola - pedregoso.



Se halla esta callejuela en una calle apartada, la de Santana, especie de carril hecho por la gente de Santa María para salir cortando a la Puerta Cervera, sin dar la vuelta por la de San Juan. Es, pues, una rinconada dentro de una callejuela, enjendrada por las servidumbres de las casas colindantes.

La necesidad de aprovecharlo todo, ha convertido estos atrasares en auténticas calles y la callejuela cerrada, cerrada como los demás callejones de servidumbre que hay en el lugar, aunque no se usen para vivienda efectiva, como la Cerrada, que es lo que le ha dado a esta nombre y personalidad, habiéndola convertido en un rincón evocador y añorante, de esos que al pasar por la esquina nos hacen decir: ¡hay que ver, lo que hacían antes! ¿Cómo no se les ocurriría dar le a esto salida por algún sitio?. Y es

que la salida era, precisamente, esa, y la única posible, no siendo culpa de aquellos, que otros después, hayan tenido el gusto o la precisión de hacer su vivienda en un callejón ciego, aunque en realidad la callejuela no lo es; es que guiñó el ojo muy alcazareñamente, parece que está tabicado pero por un rincón deja que se salga la gente a las afueras.

En las grandes ciudades, son muy frecuentes estos rincones y muy atractivos, alrededor de las calles céntricas, generalmente dedicados a los artículos de comer, beber y arder. Nuestra callejuela libre de toda industria, conserva su sello lugareño y lo saneado de los cimientos y firmes rodapiés, indican que está dispuesta a seguir. Ojalá que dure muchos años, aunque los venideros nos motejen de «atrasados» por haberla dejado ahí.

Lo mínimo extraordinario

Algún amigo consideró increíble que el tío Joaquín Vela no recordara el nombre de su hijo, el «Moreno», cuando se lo preguntaron a boca jarro, cierto día.

Este amigo, naturalmente, desconoce lo que es tener una familia numerosa y un arte de vida complicado y fatigoso, porque de lo contrario, sabría por propia experiencia que lo del tío Joaquín Vela es corriente y que al más pintado se le olvidan, no uno, sino todos los datos de empadronamiento de la familia entera; y el que esté a salvo, no siendo chupatintas, que arroje la primera piedra.

Es una de las enormes ventajas del apodo y otra de las razones, sobre las que van citadas en otros lugares, que lo hacen agradable, cómodo, característico e insustituible, sintetizando en una palabra la filiación de una persona, que con ella se hace familiar a todos, resultando favorecida, como sabemos los que llevamos con naturalidad y sencillez un apodo de tradición familiar.

Las personas que buscan a otra, más o menos desorientadas, hacen mil preguntas que no siempre hallan respuestas claras y concretas, precisamente por lo que le pasó al tío Joaquín Vela y resulta un contrasentido que en el pueblo de uno se sea poco menos que desconocido, según la forma en que se pregunta por él. Y, en cambio, nada más que sonar el apodo, se iluminan las inteligencias y se habla de todo con una familiaridad, como decía «Cachile», que parece que comemos juntos a diario.

Esto le ha pasado a «Rufao» millones de veces.

Y pensándolo bien, se asombra uno de las asociaciones de ideas que despierta el apodo y la comprensión integral de la persona que determina. La claridad resplandeciente de esa palabra no se logra ni con una explicación larga y complicada.

Se dice, por ejemplo, la «Casa de Tizones» y todo el mundo está viendo la casa, a él, la calle, y su emplazamiento, y va a ciegas.

Se habla de «Pucheritos», apodo genial donde los haya, y todo se comprende, pero si se dice su nombre y apellido, la gente empieza a mirarse, sin ver claro, por haber otros muchos que se llaman igual.

La esquina del «Cabezón», como ejemplo de nomenclatura callejera, ligada a los apodos, es bien gráfica y nadie necesitó más explicaciones nunca para irse a ella derecho.

No es, pues, ningún disparate lo de los apodos y su perduración está más que justificada. El ilumina todas las circunstancias de la persona y sin él se oscurecen la mayoría.

Explicaciones minuciosas no bastan para dar a conocer a alguien y, al final, agotados los recursos dialécticos, se apela al mote y entonces se cae en que se debió empezar por ahí, y con harta razón, porque el mote no es solamente nombre, es descripción asombrosa, clavada, inmodificable, como suelen serlo los fallos populares todos y el tío Joaquín Vela, que tenía muchos entenderes, manejaba con soltura lo básico y escueto, sin dar importancia a lo oficinesco, que no era para él esencial y, por eso, no es que se le olvidó, es que no lo aprendió nunca y no parece que estuviera falto de razón.



Imp. Castellanos-Alcázar

Depósito Legal C. R. 83-1961

N.º de Registro C. R. 1522-61